



RELATOS INCREÍBLES

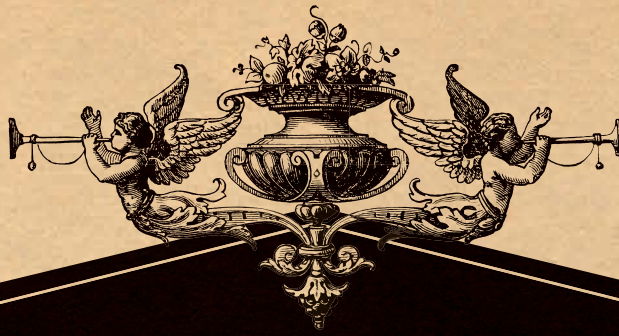
Revista Digital de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror

VALLEJO * ARBOLEYDA * CEVASCO * DEL CASTILLO * PAREDES * BERNSTEIN
SÁNCHEZ GARCÍA * CASTRO

**La plaga que no podías ver y
otros relatos**

GERARDO
ESPINOZA





Créditos



© 2016 Asociación por la Cultura y Educación Digital (ACUEDI)

© 2016 Miguel Ángel Vallejo, Julio Cevalco, Isabel Arboleyda, Mauricio del Castillo, Hernán Paredes, Gastón Bernstein, Raúl Sánchez García y Antonio Castro.

Director: **Héctor Huerto Vizcarra**

Subdirector: **Hans Rothgiesser**

Comité Editorial: **Daniel Salvo, Julio Cevalco, José Güich, Otilia Navarrete, Christian Campos Alvarado, Miguel Huertas, Tanya Tynjälä, Paola Arana y Daniel Arteaga**

Jefe de Ilustraciones: **Gerardo Espinoza**

Diseño de portada: **Gerardo Espinoza**

Diagramación: **Héctor Huerto Vizcarra y Rafo Núnjar Tovar**

Revista: **Relatos Increíbles**

Nº 11: **Noviembre - Diciembre del 2016**

ISSN: **2413-9017**

Distribución gratuita

Este es un proyecto de: **ACUEDI**

www.acuedi.org

www.relatosincreibles.com

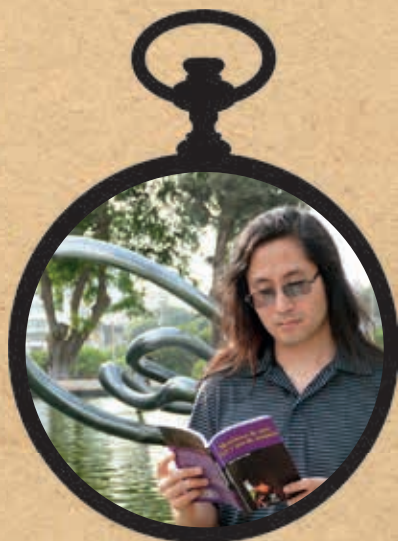
Email: **relatos@acuedi.org**

facebook.com/relatosincreibles

Twitter: **[@RelatosInc](https://twitter.com/RelatosInc)**



Autores



Miguel Ángel Vallejo (Lima, 1983). Bachiller en Literatura por la UNMSM. Co-dirige la revista Altazor. Sus publicaciones más recientes son la novela «La muerte no tiene ojos» (2016) y el libro de testimonios «Vallejo Urreta. Historias de una familia peruana» (2015).



Isabel Arboleyda (Veracruz, 1990). Historiadora por la Escuela Nacional de Antropología e Historia con enfoque en estudios novohispanos. Actualmente es asistente de investigación en la ciudad de Veracruz, México. Eventualmente colabora en proyectos de teatro, danza y literatura.



Mauricio del Castillo (Ciudad de México, 1979). Licenciado en comunicación por parte de la UNAM. En 2012 publicó «La variable multimillonaria y otros relatos». En 2014 apareció su segunda colección de cuentos «La nave de la discordia y otras piezas de anticipación».



Julio Cevasco (Lima, 1985). Traductor e intérprete colegiado con conocimientos de alemán, español e inglés. Actualmente estudia Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Münster, Alemania.



Hernán Paredes (Rosario, 1980). Es profesor de meditación y ha dictado seminarios de esta disciplina en la mayoría de los países de Latinoamérica. Es amante de la música, literatura, cine y ajedrez, y ha publicado relatos en diversas revistas y portales literarios.



Gastón Bernstein (Quilmes, Buenos Aires, 1993). Estudiante de Artes (U.B.A.), escritor, músico y cineasta. Director de «La Cuenta» (2016), miembro de «Nux» (Rock Progresivo). Premios de poesía bonaerense Julio Cortázar (2004) y nacional A.P.O.A (2006).

Autores



Raúl Sánchez García (Murcia, 1976). Enfermero. Actualmente trabaja en el Complejo Hospitalario Insular- Materno-infantil de Las Palmas de Gran Canaria en la UCI de adultos. Publicó dos libros: «Un paso a lo desconocido» y «La llave y otros cuentos fantásticos».



Antonio Castro (La Carolina, 1992). Es graduado en Filología Hispánica, corrector ortotipográfico y de estilo. Ha publicado distintos ensayos sobre literatura fantástica y el hipertexto en revistas universitarias, así como el relato distópico La cruzada de Gabriel («Revista Narrativas»).



Gerardo Espinoza (Lima, 1987). Diseñador gráfico y artista digital. Actualmente se desempeña como ilustrador editorial, retratista y escritor aficionado. Es integrante del grupo de historieta Ferro producciones. Es jefe de ilustraciones de esta revista. Ver portada



Beatriz Figueroa (Lima, 1838). Diseñadora Gráfica, ilustradora, cantante en «Synthesis», trabajos de modelado, conductora del programa de radio «Clockwork Raven», promotora y administradora de Steampunk Peru. Ver p. 11 y 13



Autores



Adrián Rivera

(México, D.F., 1983). Maestro en Ciencias y Artes para el Diseño. Se desempeña como comunicólogo en un instituto de investigación. Escritor e ilustrador en la revista de ciencia ficción, terror y fantasía «Relatos Increíbles». Ver p. 54



Eduardo Romero

(Lima, 1975). Estudió arquitectura, cursos de programación y software de modelado digital. Ganó el Concurso de historietas de Calandria en 1999. Actualmente trabaja en una novela gráfica. Ver p. 41



Pedro Castro

(Lima, 1991). Actual estudiante de ingeniería mecánica de la PUCP. Escritor e historietista amateur. En 2015 participó y obtuvo el segundo puesto en el concurso de historietas «Comics For The Classroom». Ver p. 33



Jimena Aparicio

(México, 1993). Diseñadora e ilustradora egresada de la UNAM. Actualmente labora en una agencia de social media cuidando los detalles de diseño y publicaciones. Además de llevar *branding* e ilustración de forma *freelance*. Ver pp. 21, 22 y 24



Índice



Editorial.....	07
Gen-K.....	08
La fecha.....	15
Terrores nocturnos.....	20
La excepción a la regla.....	25
La Garra.....	29
La princesa cautiva.....	36
Prestigio.....	46
La plaga que no podías ver.....	51
Muro de honor.....	56



Editorial



Hace poco ha retumbado en las redes sociales la escandalosa publicidad de la editorial Drácena para promocionar la novela «Reencuentro de personajes» de la mexicana Elena Garro. En el texto promocional del mentado libro y en los cintillos que se colocaron sobre sus ejemplares podía leerse lo siguiente: «Mujer de Octavio Paz, amante de Bioy Casares, inspiradora de García Márquez y admirada por Borges». Es decir, su capacidad de escritora quedaba totalmente reducida a su condición de mujer, amante y objeto sexual finalmente. Para la editorial no importaba más, era lo que justificaba la razón de vender sus libros.

Lo peor de todo es que no se trata de un problema ajeno a nuestra realidad cotidiana en donde el rol de la mujer es marginado, vejado, invisibilizado y ridiculizado por su propia condición femenina. En ningún momento se trata de una evaluación de capacidades. A Garro no se le reconoce el ser una estupenda escritora en esa publicidad, sino ser la mujer de alguien más. Por ello, me gustaría encontrar una realidad distinta. Felizmente ya contamos con algunas escritoras e ilustradoras que demuestran su fabulosa capacidad en nuestras páginas.

Este número comienza con un cuento de **Isabel Arboleyda**, donde se nos presenta un final del mundo un tanto kafkiano y donde el deseo de salvar la humanidad puede ser contraproducente. Le sigue el relato de **Gastón Bernstein**, donde la obsesión de un hombre lo lleva a celebrar su cumpleaños de manera distinta. **Hernán Paredes** nos presenta otra historia de transformación, en donde nada es lo que parece. En cambio, **Raúl Sánchez García** nos describe una distopía, en donde los sueños de una mujer se ven truncados y su sobrevivencia queda al límite. A esto le sigue la historia de **Julio Cevalasco**, donde conocemos a los integrantes de la Garra, el círculo de campesinos que había ayudado a formar Ofelia. **Antonio Castro** nos presenta otra historia bélica, donde el amor se topa con la realidad propia de la guerra. A continuación tenemos otra fabulosa distopía de **Mauricio del Castillo**, donde el prestigio lo es todo en la vida. Finalmente, tenemos el cuento de **Miguel Ángel Vallejo**, donde una plaga asola la miserable vida y mente de una mujer solitaria. Esperamos sus comentarios a estos cuentos.

Carpe diem.

Héctor Huerto Vizcarra
Director



La
Biblioteca Digital
ACUEDI
cumple

2 años

y necesita
tu ayuda económica.
Colabora con nosotros
para que este proyecto continúe.
La difusión gratuita de más de
8,000
textos
necesita de tu apoyo activo.

Cuenta soles
BBVA Continental

0186-0100038954-42 (Perú)



Consultas a: info@acuedi.org

Móvil: (51) 997656330

Email: luis.morocho@camaleonazul.pe

www.camaleonazul.pe

 /estudiocamaleonazul

Camaleón

Story board, caricaturas,
comics, ilustraciones,
talleres de dibujo y
pintura,
arte concetual.

Azul



Gen-K

Por: Isabel Arboleyda





Camino bajo los cielos negros con la tierra estéril bajo mis pies. Lo que antes fueran tierras fértiles con verdes pastos no son ahora más que territorios yermos donde nada crece ya.

El mundo no es ni será nunca lo que algún día fue. No queda nada, nada, salvo nosotros.

Es curioso ver cómo la codicia y la intolerancia pueden ser tan destructivas. El mundo vio muchas guerras, pero ninguna como ésta. Esta fue la guerra decisiva para la humanidad, el fin de todo.

Yo no debería estar aquí, no debería vivir cuando tantos han muerto. Mi trabajo era salvar vidas, o eso era en un inicio. La codicia también me alcanzó.

Dinero... era lo que movía al mundo y era lo que terminó dirigiendo mi vida. Pasé de ser un científico que buscaba la cura de las grandes enfermedades que aquejaban al mundo, a ser un empleado en una importante y exclusiva farmacéutica donde vendían sofisticadas medicinas sólo a quienes podían costearlas.

Así comenzó todo.

Ante una amenaza cada vez más cercana de una guerra nuclear se nos ordenó crear una medicina que funcionara como escudo contra la radiación, que protegiera a quienes pudieran pagarla de la destrucción y de la muerte.

Siempre me pareció irónico que en caso de que se acercara la guerra, el dinero que obtendríamos no nos serviría de nada, sería un mundo poblado por pocos en el que lo vital serían los recursos y los medios. El dinero no valdría nada.

Yo realmente dudaba que la guerra se llevara a cabo... aún creía en el sentido común del hombre. No sabía que tan equivocado estaba.

Comenzamos a desarrollar lo que llamamos Gen-K, una vacuna cuyo compuesto impactaba directamente en la genética del ser humano, mutándolo para resistir la radiación. Los efectos secundarios de la vacuna parecieron aceptables no sólo para la farmacéutica sino para los posibles compradores, quienes consideraron que un oscurecimiento y cierta rigidez en la piel eran costos aceptables para salvar el pellejo.

Los sujetos de prueba fueron bien recompensados por sus servicios, y todos ellos presentaron los mismos efectos. Después de la enorme cuantiosa suma que se les pagó ninguno se quejó demasiado de tener un aspecto que podría pasar por bronceado. También ellos vivirían en caso de una guerra, la cual, contrario a mis suposiciones parecía cada vez más inminente.

La distribución del Gen-K fue más bien discreta, temíamos que si divulgábamos la noticia de que teníamos la salvación contra la radiación se produjera un saqueo de la farmacéutica producto del pánico. El hombre siempre tiene miedo a morir.

Con todo y eso los compradores fueron muchos. Dueños de multinacionales, magnates, ministros de defensa, políticos, narcotraficantes... hombres y mujeres inmensamente ricos, que buscaban obtener para sí la preciada vacuna sin importar el costo. En un inicio, sólo había contemplado a los más altos funcionarios de los gobiernos del mundo, pero la información clasificada como ultrasecreta se había filtrado, y de manera conveniente había llegado a oídos de todo aquel que pudiera costear la vacuna. A nosotros no nos importó. Con tal de que pagaran.

Siempre supuse que gran parte del éxito de la presentación de la vacuna radicaba en que jamás se reveló de qué estaba hecha la sustancia... si se llegaba a saber dudaba que ni siquiera la mitad de los compradores se hubieran atrevido a solicitar que les fuera implantado. Aunque por otro lado, los sujetos de prueba no habían tenido ninguna reacción anormal en las pruebas. Todos se encontraban perfectamente sanos y habían respondido de manera excelente a las pruebas de radiación a las que habían sido sometidos. Ninguno de ellos había sufrido daño alguno, cualquiera de ellos sobreviviría con éxito cualquier ataque nuclear, aunque lo

que viniera después sólo lo sobrevivirían aquellos que se hubieran abastecido de recursos suficientes para el resto de sus vidas.

Es curioso lo que la gente podía hacer con tal de salvarse, con tal de prolongar sus vidas, aún a costa de cambiar su propia genética. A pesar de todo, ya no me parecía que exageraban en sus miedos. Un ataque nuclear parecía algo cada vez más probable, y nosotros vendíamos la salvación.

Nunca pensé en inyectarme a mí mismo, en guardar una dosis. Si el mundo ardía, ardería con él. Me reuniría con mis seres amados en el otro mundo. Prolongar mi estadía en éste sería un verdadero suplicio, y más en las condiciones en que quedara luego de una tercera guerra.

No... no haría eso nunca. Realmente no quería ver en que se convertiría el mundo que conocía. Tampoco quería inyectarme esa porquería en el cuerpo. Yo sí sabía de que estaba hecha la sustancia, y a pesar de haberse probado que era segura seguía sin gustarme la idea, de hecho me repugnaba cambiar de esa forma mi genética, aunque no hubiera cambios físicos demasiado severos.

En esto último me equivoqué...

El cambio fue muy lento... Sucedió mucho después de que los sujetos de prueba hubieran sido liberados. Uno a uno acudieron a la farmacéutica para ser revisados por los doctores encargados de vigilar los efectos secundarios.

Lo que comenzó como oscurecimiento y rigidez en la piel derivó en la aparición de un exoesqueleto color marrón, el cuál fue recubriendo la piel, como si el escudo que representaba la vacuna fuera haciéndose palpable. A la vez, presentaron un olor cada vez más desagradable y un gusto más evidente por los alimentos dulces, además de una clara pérdida de cabello.

A todos nos alarmó de sobremanera estas reacciones, más aún cuando las dosis del Gen-K ya habían sido distribuidas a los consumidores. Dado que a ellos se les había implantado mucho después que a los sujetos de prueba, aún no habían sufrido estos cambios. Temíamos tanto a las demandas que casi preferíamos que la guerra se avecinara, cosa que por desgracia era casi una realidad.

Psicológicamente los sujetos de prueba se encontraban cada día peor. No sabían que les estaba sucediendo, y más aún cuando seguimos sin revelar el compuesto del que fue derivada la vacuna.



A uno de esos sujetos le debo el que yo siga vivo.

Un hombre al que yo sólo conocía como #23-H me esperaba en mi oficina de la farmacéutica. Al principio sólo vi una silueta poco definida pues estaba todo a oscuras, a excepción de la luz que se colaba por una ventana rota, la cual parecía ser su medio de entrada a mi oficina.

Antes de que pudiera siquiera gritar me amenazó con un arma, ordenándome que no encendiera la luz ni hiciera sonido alguno. Comenzó a interrogarme respecto al gen y a los efectos que éste tenía sobre él. Armado como estaba me amarró con cinta a la que era mi silla favorita de trabajo.

Con una pistola en la cabeza tuve que revelarle de dónde habíamos sacado la vacuna. Tuve que confesarle que la habíamos obtenido de la genética de las cucarachas, insectos capaces de resistir la radiación.

El sujeto tuvo un verdadero ataque de ira cuando le revelé esto. Era por ello que nunca habíamos sacado a la luz esa información, porque esperábamos una reacción semejante.

El hombre que me amenazaba perdió por completo la cabeza, gritó, gimió, lloró y luego se quedó en silencio un largo rato. De pronto, su expresión cambió por completo, o mejor es decir que su rostro quedó inexpresivo. Parecía como si estuviera en estado de shock, mas comenzó a reír de pronto, diciendo que ahora comprendía a la perfección a que se debían los cambios que había sufrido.

Fue entonces cuando encendió la luz de la oficina, dejándose ver por fin. Iba completamente cubierto con unos pantalones holgados y una sudadera con capucha, de forma que su rostro no estaba al descubierto. Hubiera deseado que permaneciera así, hubiera querido que nunca me enseñara ese rostro.

Al despojarse de la sudadera pude ver la espalda del individuo. El exoesqueleto que se habían observado en los otros sujetos estaba ahí, más endurecido y de color café rojizo que ahora cubría toda la piel. El cuello y la espalda se habían unificado mediante el mismo. La cabeza se había desprovisto de todo cabello, pero lo peor sucedió cuando el hombre giró para que pudiera ver su rostro.

Un ser amorfo me observaba con ojos prominentes sin iris, cuya negra pupila se había extendido por toda la cuenca. El rostro se había deformado a tal punto de no parecer humano, un rostro desprovisto de nariz, con una boca que al abrirse dejaba ver un aparato de degustación muy similar al de los insectos. No había dientes, había piezas bucales insectoides.

De los costados del torso comenzaban a salir extensiones que asemejaban a patas, y los brazos se habían doblado en un ángulo extraño, dejando ver unas manos cuyos dedos se hallaban casi fusionados, formando una pata de insecto.

Al ver esto sentí desvanecerme, al borde de un ataque al corazón por lo que estaba presenciando. No podía concebir que fuera real lo que mis ojos veían. No podía tan siquiera imaginar que lo que tenía frente a él antaño fuera un ser humano. Porque ya no lo era.

El ser que tenía delante de mí no quería ayuda, por más que se la ofrecí. Sugerí de forma balbuceante y repetitiva que nos dejara ayudarlo, que nos dejara tratarlo para revertir los efectos, pero se negó por completo. Dijo que ya habíamos experimentado con él lo suficiente, que no sería jamás una rata de laboratorio y que sabía perfectamente que no había forma de revertir aquello.

En ese momento me apuntó con el arma directamente a la frente, y quitó el seguro. Cerré los ojos esperando la detonación, mas esta nunca llegó... No, no disparó. Tenía otra idea para mí.

Lentamente bajó el arma y comenzó a reír. Dijo que la muerte sería un regalo más que un castigo para mí. No, no moriría... quería que tuviera el mismo destino que él. De su pantalón sacó una jeringa, cuya aguja insertó en mi brazo, inyectando el líquido directo en mis venas. Al instante reconocí qué era... era el Gen-K. El rostro deforme de mi atacante fue lo último que vi antes de perder el conocimiento.



Como esperaba, la guerra llegó, arrasando todo a su paso. Las bombas cumplieron su cometido, y nosotros el nuestro.

Como antaño, caminé por los pasillos de edificios lujosos camino ahora por las tierras yermas. Antaño fui un hombre y ahora soy un engendro. La categoría de humano ya no puede aplicar en mí, la categoría de insectoide no termina de encajar. Soy otra cosa... soy algo que el mundo nunca vio antes pero que ahora ve. Los efectos del Gen-K siguen avanzando... sigo mutando... no se cuando se detendrá la mutación, o si alguna vez lo hará. Si la humanidad pudiera vernos, el horror no basta para describir a los que quedamos. La radioactividad de las bombas los mató a todos, pero no a nosotros. El Gen-K funciona, somos inmunes a la radioactividad y no queda nada en este mundo mas que nosotros. Somos los nuevos pobladores... somos los supervivientes... los únicos que quedamos... y estamos condenados a vivir.



LIMA SHOW

FOTO & VIDEO DE BODAS
HORA LOCA TEMÁTICA
DRONES BATUCADA
ROBOT LED

9869 - 89144
9916 - 02114

DISFRUTA TU EVENTO
NOSOTROS LO HACEMOS POR TI

/LIMASHOWBTL

SPK/NEUSUD

La fecha

Por: Gastón Bernstein





urgió de un comentario con los chicos ese día que habíamos vuelto de escuchar a Elefant en el Club Morena. Estuvimos dando vueltas un rato largo, hasta que decidimos que no había mejor cosa que hacer un domingo a la noche que juntarse en lo de Alem a tomar unas birras en la terraza.

Allí estábamos cuando empezamos a hablar de eso. Se le ocurrió a Viamonte, y a todos nos pareció una buena idea, de esas que tiene Viamonte y enuncia entusiasmadísimo, casi orgulloso, pero con ese aire que te hace sentir cómodo y con ganas de compartir su buen humor y su genio. Es una persona agradable, de esas que nunca se terminan de conocer del todo, porque no hace falta.

Sin embargo, a mí me pegó distinto. Tan así fue, que no pude evitar mirar para otro lado, con cierto temor acerca de la idea que se le había ocurrido al ingenioso de Viamonte, la simple idea que había dado lugar a una conversación poco menos que filosófica.

—Imagínense, ser el único al que le pase eso. Creo que es imposible, pero me gusta pensar que aún en este mundo de absoluta crítica y racionalización, pueden ocurrir eventos así... mágicos, como de película —agregaba Viamonte.

—Pero esas cosas no pueden suceder porque sí, tiene que haber un motivo —replicó Cruz mientras me servía más cerveza en el vaso.

—Che, fijate que ya debe estar la pizza.

Me levanté como si no hubiera escuchado, como si me hubiera percatado de lo mismo justo en ese momento, y fui a sacar la pizza del horno. Me miré en el espejito que tenía Alem en la cocina, el que se había afanado de un coche. No tenía más ganas de estar ahí, dentro de mí supe que algo andaba mal, aunque no pude definir qué era.

Recién al otro día, cuando me levanté con la misma sensación, se me ocurrió que esa persona que imaginábamos podía ser yo. En realidad, era bastante evidente que eso era lo que me mantuvo intranquilo, pero caí en la cuenta sólo al día siguiente.

En fin, con cada comentario que alguien hacía sobre el tema, por más pasajero que fuese, y más allá de que no tenía sentido alterarse por esa idea de Viamonte tan fantasiosa, más sentía eso en la garganta, bajando hacia el estómago.

—Y pero —interrumpí de pronto la conversación de Castilla y Alem—, ¿cómo se da cuenta esta persona que imaginamos... cómo corrobora qué es, de hecho, la única persona que ha nacido ese día?

—Simplemente lo sabe, es como si fuera un enviado del cielo o algo así, pero sin ningún propósito divino particular —dijo Viamonte—. Imagínate nada más, que a través de los años nadie haya nacido el veintiocho de octubre.

Cuando dijo mi fecha de nacimiento me estremecí, y creo que los demás se dieron cuenta.

—Y que, tras tantos siglos de humanidad, solamente una persona tuvo el privilegio de nacer ese día, y ese sos vos. Suena lógico que lo supieras, ¿no? —me decía Viamonte con los ojos rojos por la cerveza, y sonriendo bobamente, inflando apenas los cachetes barbudos.

—¿Por qué lo llamas privilegio? —pregunté.

—¿Por qué no? Sos el único en algo bastante significativo, el único en toda la historia de la humanidad, es todo un privilegio.

—Pero, ¿no sería más bien un tormento? A mí me atormentaría, me pondría loco no saber el porqué o para qué.

—Eso es justamente —dijo con tono sentencioso—, porque no sos vos esa persona que imaginamos, si lo fueras lo aceptarías.

—Quizá sí, ¿qué sabés? Yo no conozco a nadie que haya nacido el día de mi cumpleaños.

—Eso no te convierte en el único, habría que verificarlo. Pero como ya te dije, vos no sos esa persona, lo sabrías.



Relatos Increíbles agradece tu increíble apoyo

Para mantener este proyecto puedes colaborar con nosotros, comprando publicidad o con las donaciones individuales.

Publicidad

Página completa..... 500 soles

Media página..... 300 soles

Banner..... 200 soles

Colaboración individual..... 50 soles

Nuestra cuenta es
BBVA Continental cuenta soles:
0186-0100038954-42

—Simplemente me altera la idea.

—¿De qué?

—De ser el único, es decir, ¿por qué sería el único?

—¡Bueno, che! —pronunció la voz grave de Castilla—, es un decir, quédate tranquilo que no sos el único, yo tengo un primo que nació el mismo día que vos.

—¿En serio?

—Sí chabón, tranquilo —se rieron todos un poco y la conversación fue girando lentamente a otros temas.

Yo no estaba tranquilo, tenía que averiguar. No le creía a Castilla que tenía un primo que había nacido el veintiocho, lo dijo para que no lo molestase, como suele hacer a veces.

Al otro día, mientras me bañaba seguía sintiéndome perturbado. Había soñado algo raro, tenía recuerdos que me molestaban. Me sentía intranquilo, tenía una duda en la garganta que me masticaba desde adentro. Duda que pude poner en palabras cuando me vestía: realmente pensaba que yo era el único humano de toda la historia que había nacido el veintiocho de octubre. Esos recuerdos molestos y confusos no eran de un sueño, era la reunión del día anterior en la terraza de Alem, en la que Viamonte rompió de golpe el candado que encerraba la verdad última de mi existencia. Fue Tegucigalpa el que dijo que era absurdo pensar que, tras tantos años de filosofar acerca de por qué estamos aquí y cuál es el sentido de nuestra existencia, aparezca una persona que tenga un propósito marcadísimo, y que ese propósito se manifieste en una fecha, un día del calendario, cosa que es, después de todo, un invento humano, una necesidad de controlar el tiempo, dividiéndolo en casilleros según su criterio. No hay nada de divino ni sobrenatural en el calendario.

Pero aun así, yo no estaba tranquilo. Me fije primero en Facebook por si alguien de mis amigos había nacido en mi día, y no había nadie. Busqué en Internet fechas de cumpleaños de gente famosa, celebridades, artistas, próceres: nada. En-

contré un buscador de parejas según el día de nacimiento (cosa por demás estúpida), pero no había nadie anotado el veintiocho de octubre. Me puse a mí y, según mi fecha, yo tendría que estar con alguien que haya nacido entre el dos y el ocho de julio. Eso no me servía.

Me impacienté, pregunté a mis amigos si alguien tenía algún amigo o conocido que haya nacido el mismo día que yo, pero la respuesta fue negativa.

La gente debía pensar que estaba loco, que era un egocéntrico empedernido, o un cazador de mitos o que simplemente tenía demasiado tiempo libre. Busqué en la biblioteca, en libros de historia, pero nada. Haciéndome pasar por representante de una organización religiosa, busqué en los archivos de nacimientos en los hospitales: ¡Nadie! ¡Nadie había nacido ese día! No podía ser. No había registro de personas nacidas en mi cumpleaños. Fui a los quioscos rogando, suplicando que por favor haya tarjetas de felicidades para el veintiocho, y no había. Todos ponían las mismas excusas, «se me acabaron», «no me quedan», la realidad es que no existe tarjeta de cumpleaños alguna para el 28/10, y si existieron se dejaron de fabricar por que no se vendían. Estaba seguro, era el único, pero no sabía por qué, ¿con qué propósito mi vida comenzó ese día, aparentemente prohibido para los mortales? ¿Por qué yo y no otro? ¿Qué se suponía que debía hacer con esa información que, para colmo, era tan inservible?

De pronto, recordé que Castilla tenía un primo que había nacido el mismo día que yo. El alivio me invadió como una gota fría refrescando el cuerpo en verano. No era el único, podía estar tranquilo, seguir una vida aburrida y normal sin tener que preocuparme por mandatos divinos o cosas supersticiosas. Organizaría una fiesta en la que invitara a toda gente que no haya nacido el mismo día que yo y al primo de Castilla le haría regalos todos los años. Rápidamente llamé por teléfono a mi amigo y con una sonrisa y un tono de jovial alegría le pregunté cómo andaba del estómago, ya que recordé que había sufrido dolores la última vez que había hablado con él; pero apresuradamente cambié de tema y le recordé la conversación en la terraza de Alem. Le dije que el otro día había conocido a alguien que estúpidamente pensaba que era «la única santa persona sobre la tierra que había llegado al mundo ese día que le tocó nacer», y que yo me reí amistosamente diciéndole que yo había tenido esa misma duda pero que resultó ser que tenía un amigo con un primo que había nacido el mismo día que yo. Cuando le comenté esto, Castilla se molestó en seguida.

—¿Que hiciste qué?

—Lo quería dejar tranquilo, así que le dije que...

—¡Otra vez con este tema, no lo puedo creer! ¿En serio piensas esa huevada, no?

—¡No! Si te digo que cuando me acorde de tu primo, me quedé tranquilo.

—No puedo creer lo que me decís. No sos la única persona del mundo en nada, sos lo más normal que pudo haber existido, y la prueba está en que te preocupas por estas sandeces.

—Como sea, estoy tranquilo porque...

—¡No tengo un primo que nació el veintiocho, pibe! Te lo dije porque estabas muy alterado por esa idea tan fantasiosa que se te metió. Pero por favor, quédate tranquilo, no existe esa persona que imaginó Viamonte. Aparte, si existiese, no serías vos, y si fueras vos, ¿qué tiene de malo o de interesante? Es sólo una curiosidad.

Me quedé sin aire, empecé a tener arcadas y mi corazón parecía estar a punto de zafarse. No podía creerlo, me había mentido. ¡Mentido! Era definitivo, no había, de hecho, ninguna persona nacida el mismo día que yo. Nadie. Estaba solo en un mundo oscuro, habitado por seres de otra especie que nada tenían que ver conmigo y nunca lo tendrían.

Así me sentía mientras Castilla me hablaba de no sé qué cosa de una moto. Le dije que me tenía que ir y corté apresuradamente. No me fui. Me quedé allí, sentado.

Los días siguientes ya no me esforcé por encontrar personas nacidas el veintiocho, porque sabía que no había. No había nadie. De vez en cuando, me fijaba en nacimientos recientes, o pasaba para ver si había impresa alguna tarjeta con el día de mi cumpleaños, pero no hubo caso.

Lo que más me molestaba, era que no sabía cómo vivir a partir de ese conocimiento tan trascendente. ¿Lo era? Es decir, era la única persona nacida el veintiocho de octubre. ¿Debía salvar el mundo o algo así? Quizá era la jugarreta de algún genio maligno con ganas de divertirse conmigo, o Dios poniéndome a prueba, o una alteración en la perfección absoluta del universo, o simplemente una cuestión de azar...

Pasaron los días y mi angustia creció. Busqué grupos de autoayuda, pero ninguno pareció adecuarse a «mandato divino desconocido», «personas únicas en la historia de la humanidad», y menos «nadie nació el mismo día que yo». Comencé a tener nuevamente problemas para dormir y para comer, no tenía hambre nunca. Pasaba las tardes mirando televisión, y desconecté el teléfono por miedo a algo que no sabía qué era. También dejé de consumir lácteos.

Me había vuelto un paranoico, y creo que en la oficina se dieron cuenta, y César me dijo que me tomase unos días para descansar porque me notaba muy alterado. Él no entendía nada, no se puede descansar del destino. No se puede escapar de eso que está sellado en el alma con acero hirviendo.

Un día caminaba yendo a mi casa, después de haber hablado con una adivina que de poco me sirvió, y me agarraba cada tanto la ansiedad, intentaba pensar que era casualidad, que no había mandato divino alguno, que sólo se dio así y que de nada tenía que preocuparme. Sólo debía seguir una vida normal y, en todo caso, alardear de mi extravagancia.

Pero ese día, casi llegando a casa, quedé paralizado. Por un segundo, fue como revivir el momento en que descubrí que estaba solo... pero peor. Había descubierto la razón.

Llegué rápidamente a mi hogar y busqué en los archivos que tenía guardados —los había acumulado en un cajón para no tenerlos a la vista—. Luego, volví a revisar bibliotecas, diarios y la Wikipedia. Finalmente, fui a la morgue. Tenía razón: nadie había muerto un seis de julio.

Nadie, en siglos y siglos de humanidad sobre la tierra, de guerras y holocaustos, de catástrofes y miseria, había perdido la vida ese día. No necesitaba más confirmaciones, no hacía falta indagar en la mente de Dios para saber si en verdad nadie había muerto ese día. Sabía perfectamente que no. Sabía además, en lo profundo de mí, que ése era el día en que yo moriría.

Todo de pronto se aclaró. El seis de julio, algún seis de julio yo perecería y sería una muerte poco menos que ritual.

Me relajé, pensé que todo había acabado, había descubierto mi propósito. De hecho, el descubrimiento era bastante imparcial, ya que no tenía noticias del año en que dejaría el mundo. Y aunque pude imaginarme a mí mismo, con una desesperación y temores incontrolables todos los seis de julio del resto de mi vida, por el momento estaba tranquilo. Y tranquilo estuve hasta que pensé cuál sería el siguiente paso, ahora que sabía el día de mi muerte. Lógicamente, fijarme en algún calendario cuánto faltaba para que ese día llegase. Poco grata fue mi sorpresa al descubrir que tan solo faltaban doce días para el seis.

De todos modos fue una espera tranquila. Estuve ocupado haciendo cosas del trabajo, el cuál retomé, y terminé de leer un libro que tenía pendiente hacía tiempo. El cuatro de julio pensé si debía hacer algún tipo de despedida, porque aunque nada me garantizaba que este seis de julio fuera el día de mi muerte, no podía darme el lujo de dejarlo pasar como si nada. Pero resolví que me iría del mundo como llegué, y como me llegó el conocimiento de las fechas: desprevenidamente.

Recién ahora se me ocurre escribirlo, faltan dos horas todavía para que sea seis de julio. Espero no haberme olvidado de nada. No sé qué agregarle a mi historia. Simplemente que si esto estaba en verdad planeado para mí, no puedo negarme a aceptarlo. Mañana quizá, les cuente la experiencia.



Terrores nocturnos

Por: Hernán Paredes



Día 1

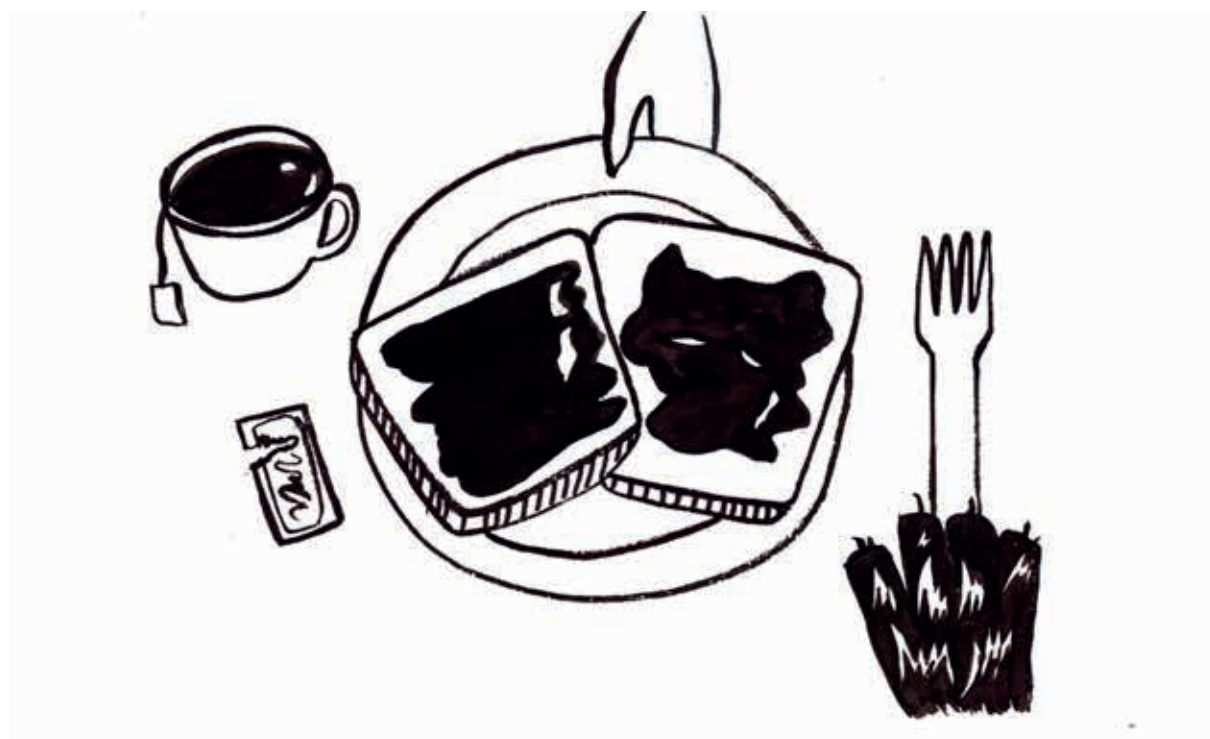


Hugo Manuel Ramírez se levantó a las seis de la mañana, desayunó un café con edulcorante (había comenzado una dieta a instancias de su esposa) y dos tostadas de pan integral con miel. A continuación, se cepilló los dientes, tomó una ducha caliente y se afeitó. Salió del baño y se vistió con un austero traje marrón, una camisa almidonada blanca y corbata haciendo juego. Besó a su esposa en la mejilla y se dirigió al garaje de su rústica casa en las afueras de la ciudad, donde se montó en un viejo Renault 12 y enfiló rumbo a la ferretería de la cual era propietario desde hacía ya treinta años. El día aconteció sin sobresaltos: las ventas fueron exiguas (lo que no suponía una variación en comparación con los últimos años, desde que las grandes cadenas se habían instalado en la ciudad), al mediodía almorzó una ensalada de lechuga, tomate, rabanitos y huevo, y a la tarde tomó un café en el bar de la esquina de su local mientras leía el periódico y añoraba sus pasadas costumbres vespertinas (había dejado el cigarrillo y el whisky también a instancias de su esposa). Luego manejó los treinta kilómetros que lo separaban de su casa, escuchó la cantinela de su mujer acerca de hechos sin importancia acaecidos durante el día, leyó un manual de bombas de desagote perteneciente a una remesa que había ordenado y, apenas cumplidas las 21 horas, la besó en la mejilla y se acostó a dormir.

Esa noche sucedió por primera vez. Exactamente a las cuatro de la madrugada, Hugo Manuel Ramírez tuvo una contracción muscular involuntaria que derivó en una patada que alcanzó a su esposa a la altura de la rodilla, despertándola bruscamente. La señora Ramírez se quejó a causa del dolor, pero el sentimiento predominante era de perplejidad. Mientras Hugo Manuel Ramírez continuó durmiendo como si ningún suceso fuera de la rutina hubiera interrumpido su sueño, su esposa no consiguió pegar ojo durante el resto de la noche.

Día 2

Hugo Manuel Ramírez se levantó a las seis de la mañana, desayunó un café con edulcorante y dos tostadas de pan integral con miel. A continuación se cepilló los dientes (sus caninos estaban un poco más grandes que lo habitual), tomó una ducha caliente y se afeitó.



Observó en el espejo que bajo sus ojos se habían dibujado dos manchas moradas. Restó importancia a aquella observación y, cuando salió del baño, ya se había olvidado por completo. Luego se vistió con un austero traje marrón, una camisa almidonada blanca y corbata haciendo juego, y se dirigió a saludar a su esposa antes de partir hacia la ferretería como cada día desde hacía treinta años. Su esposa lo frenó antes de concretar el rutinario acto.

—Querido, ¿te acuerdas de lo que sucedió anoche?

—¿Anoche? —preguntó Hugo Manuel Ramírez sorprendido—. ¿Qué sucedió anoche?

—Tuviste una pesadilla, ¿estás preocupado por algo? No tienes buen semblante.

—No querida, me siento bien, quizá un poco cansado, eso es todo.

—Está bien, no importa, que tengas un buen día en el trabajo —respondió su esposa, ofreciendo su mejilla para completar la rutina interrumpida.

Hugo Manuel Ramírez se montó en su viejo Renault 12 y enfiló rumbo a la ferretería. El día aconteció sin sobresaltos: las ventas fueron exiguas, al mediodía almorzó una ensalada de tomate, zanahoria y rúcula, y a la tarde tomó un café en el bar de la esquina mientras leía el periódico y añoraba sus pasadas costumbres vespertinas. Luego manejó los treinta kilómetros que lo separaban de su casa, escuchó la cantinela de su esposa acerca de hechos sin importancia acaecidos durante el día, leyó un catálogo de tornillos y tuercas y, apenas cumplidas las 21 horas, la besó en la mejilla y se acostó a dormir.

Cuando el reloj dio las cuatro, Hugo Manuel Ramírez se despertó con un grito y propinó un puñetazo sobre la mesa de luz, haciendo añicos el reloj despertador. Su esposa se despertó sobresaltada, esta vez el sentimiento predominante era de miedo. Su corazón latía a gran velocidad y sus pensamientos —confusos y amodorrados— presentaban un sino ominoso en donde su marido era víctima de un infarto fulminante y ella terminaba sus días anciana y sola, a cargo de una casa hipotecada y un negocio en quiebra. Como un calco de la noche anterior, Hugo Manuel Ramírez durmió como un ángel, mientras su esposa padecía un insomnio obligado y una taquicardia intensa que no remitió hasta el amanecer.

Día 3

Hugo Manuel Ramírez abrió sus ojos lagañosos a las siete de la mañana. Tardó unos minutos para ubicarse en espacio y tiempo, pero a medida que el sueño se disipaba y el mundo volvía a asentarse, se dio cuenta de que se había quedado dormido. Se levantó raudo de la



cama, observó con sorpresa los restos del reloj despertador que yacían en el suelo y fue directo al closet para vestirse con un austero traje marrón, una camisa almidonada blanca y corbata haciendo juego. Ese día no desayunó su café edulcorado con tostadas de pan integral y miel. Tampoco tomó su ducha caliente ni se afeitó (a pesar de que su rostro mostraba un incipiente vello hirsuto que cubría no solo la zona de la barba, sino también la frente, sienes y alrededor de la nariz). Se cepilló los dientes y se dirigió con premura a saludar a su esposa para partir lo antes posible hacia la ferretería, angustiado por la idea de llegar tarde por primera vez en treinta años. Su esposa frenó su paso acelerado y le ordenó sentarse en una de las sillas de la sala antes de salir.

—Querido, ¿qué recuerdas de anoche?

—Querida, estoy con prisa, ¿por qué me haces esas preguntas?

—Desde hace dos días te estás levantando a la madrugada y te comportas de una manera muy extraña. Anteanoche me diste una patada, que todavía me duele, y anoche gritaste y, de un golpe, destrozaste el reloj despertador. Hace dos días que no duermo y tú te ves demacrado como si no hubieras descansado en un mes, creo que deberías ir a ver a un médico hoy mismo.

—Querida, estoy bien, no es necesario.

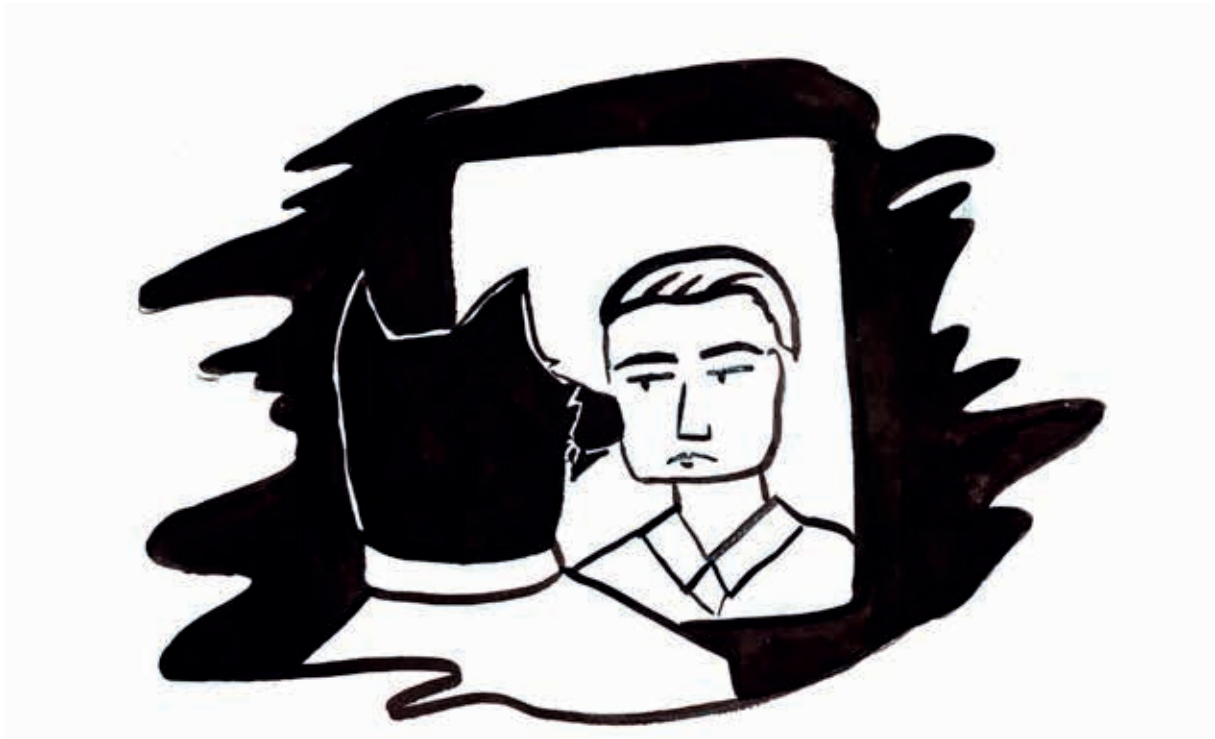
—No te lo estoy pidiendo, en este mismo momento voy a telefonar al doctor Ruiz para que te atienda de urgencia, es una orden.

Hugo Manuel Ramírez aceptó impotente, no le quedaba otra opción, su esposa siempre tenía la última palabra y esa mañana no fue la excepción. Se dirigió al garaje de su rústica casa, donde se montó en su viejo Renault 12 y enfiló rumbo a la ferretería, llegando tarde por primera vez en treinta años. El día aconteció sin sobresaltos: Hugo Manuel Ramírez se durmió varias veces sobre el mostrador; las ventas fueron nulas (principalmente porque los escasos clientes que entraron tuvieron que salir con las manos vacías luego de intentar despertarlo sin éxito); al mediodía almorzó una ensalada de repollo, choclo, y tomates cherry, y a la tarde fue al consultorio del doctor Ruiz.

—Señor Ramírez, su esposa me contó hasta el último detalle de lo que le está sucediendo, como le expliqué a ella, esta condición se llama terror nocturno, es algo que generalmente sucede en los niños pero es común que los adultos también lo experimenten. No hay nada de qué preocuparse, posiblemente esté un poco estresado, voy a recetarle un ansiolítico para que concilie su sueño sin problemas; con cinco miligramos cada noche va a descansar como un angelito.

Hugo Manuel Ramírez escuchó con desgano el diagnóstico médico y se dirigió con la misma actitud a la farmacia para comprar el medicamento. Luego manejó los treinta kilómetros que lo separaban de su casa, respondió las preguntas de su esposa acerca de su visita al doctor Ruiz, leyó veinte páginas de un libro sobre instalaciones eléctricas y, apenas cumplidas las 21 horas, tomó cinco miligramos de su medicación, besó a su mujer en la mejilla y se acostó a dormir.

A las cuatro de la madrugada, Hugo Manuel Ramírez saltó de su cama y se posó en el techo. Se desplazó algunos metros con sus patas pegadas al cielo raso, luego descendió por la pared y posó su largo hocico en el rostro de su esposa, que continuaba durmiendo. La olfateó durante algunos minutos, mientras salivaba ante el apetitoso olor a carne que despedía su cuerpo y, acto seguido, se puso en cuclillas y profirió un aullido. La señora Ramírez abrió sus ojos alarmada y se encontró frente a frente con una extraña criatura cubierta de pelo que se asemejaba levemente a su esposo. Al caer en cuenta de la peculiar situación en que se encontraba, gritó e intentó huir hacia la puerta, pero las manos (a esta altura de su metamorfosis eran garras) de Hugo Manuel Ramírez la sostuvieron con fuerza por los hombros, impidiéndole cualquier movimiento. El sentimiento predominante de la señora Ramírez era de puro y



primigenio terror ante aquellos ojos amarillos que la miraban con apetito voraz. Un hedor a amoníaco y excrementos comenzó a inundar la habitación, ya que con cada aullido, la nueva versión de Hugo Manuel Ramírez orinaba y defecaba en abundancia, a veces sobre la cama y los muebles, otras sobre la mismísima señora Ramírez. A continuación la lanzó sin miramientos contra el closet, que estalló en pedazos. Dolorida y con dificultad para moverse, solo atinó a arrastrarse con la absurda esperanza de alcanzar la puerta y escapar, mientras la bestia arremetía desenfadada contra todo lo que encontraba a su paso. Al notar su vano intento de huida, la fiera saltó sobre ella y procedió a arrancar con entusiasmo orgiástico cada uno de sus miembros, completamente indiferente a sus súplicas y gritos de dolor. Finalmente Hugo Manuel Ramírez (o el animal en que se había convertido), se acostó exhausto en la cama, en donde continuó durmiendo sin interrupciones por el resto de la noche mientras su esposa agonizaba sobre un charco de sangre.

Día 4

Hugo Manuel Ramírez se levantó a las doce del mediodía, desayunó una botella de whisky y una de las piernas de su esposa. A continuación, prendió un cigarrillo, se dirigió nuevamente a su habitación y sacó de entre el caos que allí había un traje marrón hecho jirones (que ya no tenía nada de austero), una camisa manchada de sangre y heces y corbata haciendo juego. Luego se dirigió al garaje de su rústica casa en las afueras de la ciudad, donde se montó en su viejo Renault 12 y enfiló rumbo a la ferretería. El día aconteció un poco diferente de lo normal: las ventas fueron nulas (principalmente porque los escasos clientes que entraron salieron corriendo al encontrarse con aquel grotesco personaje); a media tarde merendó la otra pierna de su esposa y al anochecer tomó otra botella de whisky en el bar de la esquina de su local, mientras leía el periódico y disfrutaba del sexagésimo cigarrillo del día. No llegó a manejar los treinta kilómetros que lo separaban de su casa, ya que los dueños del bar, aterrorizados por su aspecto, decidieron dar aviso a la policía que, al verse cara a cara frente a tan pintoresca criatura, disparó una veintena de veces, acabando al instante con la vida de nuestro estimado Hugo Manuel Ramírez.



La excepción a la regla

Por: Raúl Sánchez García





Marco miraba la carta que aparecía en el cristal de la mesa del salón, como si de una pantalla de ordenador se tratase. Sus manos temblaban por la emoción, al tiempo que leía su contenido en voz alta para los allí reunidos. Guacimara, su madre, iba a ser criogenizada en apenas dos días. Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando su madre se acercó a ellos, sentados los tres hermanos juntos en un sillón, y los abarcó a todos en un abrazo.

—Hijos míos —dijo Guacimara sin poder contener la emoción—, en dos días voy a ser criogenizada y esa ha sido la meta de mi vida.

—¡Enhorabuena, mamá!

El resto de la tarde transcurrió entre risas e historias de los buenos recuerdos de la familia. Guacimara había organizado un asadero para estar con sus seres queridos. Sus nietos correteaban por la casa y sus hijos y nueras estaban pendientes de ellos entre risas. Este era el recuerdo que quería conservar en su memoria cuando fuera congelada dentro de dos días.

—Marco, ven —apartó Guacimara a su hijo para hablar a solas con él—. Necesito que me acerques a la planta de criogenia de la Mercacorp pasado mañana.

—Muy bien, mamá. ¿A qué hora quieres que te recoja?

—Ven sobre las dos de la tarde —le dijo mientras se frotaba los brazos con las manos—. ¿Hace un poco de frío, no?

—Yo no tengo frío mamá.

—Será la edad... o la emoción. —Le contestó guiñándole un ojo.

Guacimara abrió los ojos y vio su cara reflejada en un cristal. No podía moverse. El sonido de las alarmas se oía por debajo de los alocados latidos de su corazón. El frío era intenso. Notaba su cuerpo entumecido pero aún podía moverlo. Una voz habló dentro del cubículo:

—¿Se encuentra bien, señora Artiles?

Quería responder pero sus labios no se movían. Notó cómo por su brazo derecho algo se introducía causándole un dolor punzante.

Y después su cuerpo dejó de responderle.

Guacimara se encontraba frente a la caseta de vigilancia donde un cartel rezaba: Complejo de Criogenia Área Este. La caseta se componía de un cilindro de hormigón armado cuyo único hueco estaba tapado por una puerta de madera maciza cerrada. Se acercó a la puerta y pasó su muñeca derecha frente al lector de chips. La puerta se abrió y al entrar se encontró en una estancia sin ventanas, cuyas paredes estaban ocupadas por imágenes, que pensó, debían corresponder a diferentes lugares del complejo. La puerta se cerró tras ella dejando la estancia iluminada únicamente por la luz que procedía de las paredes. Un rectángulo a la altura de su cara le mostró un rótulo que decía:

BIENVENIDA, SEÑORA ARTILES,
LA UNIDAD DE PROTOCOLO LA ACOMPAÑARÁ HASTA EL MÓDULO C2.
YA PUEDE SALIR

La puerta por la que entrara se abrió sola y tras su pórtico le esperaba un vehículo con el emblema de Criogenia Corp. Ya en el interior, un robot del tamaño de un niño de seis años le dio la bienvenida y le dijo que no se preocupara por nada. Hacía frío y pensó que el aire acondicionado debía estar conectado a la máxima potencia. Percibió que habían iniciado la marcha...

Otra vez su cara reflejada en el cristal. Otra vez sentía frío a su alrededor. Sin embargo, su cuerpo le respondía mejor. El mismo estruendo en el exterior. Forcejeó contra las ataduras que la mantenían inmóvil y para su sorpresa no opusieron demasiada resistencia. Empujó la puerta hacia fuera con las dos manos, pero no consiguió nada.

—Señora Artiles no se resista, sólo durará unos segundos.

—Váyase a la mierda.

—¿Perdón? —respondió el robot con tono de sorpresa pero con el mismo rostro imperturbable—. Creía que era lo que usted quería.

—Claro, perdone, estaba pensando en otra cosa. —respondió. Se encontraba confusa—. ¿Podría bajar el aire acondicionado?

—Claro —dijo al tiempo que manipulaba un control situado en el panel de la puerta que estaba a su lado derecho—. Como ya le he dicho. El proceso sólo durará unos segundos. Primero se le explicarán todos los derechos presentes y futuros de que dispondrá después del proceso. Se le conducirá a las cámaras. Se canalizará una vía para la administración de medicación, comida y líquidos. Y otras vías para la evacuación de fluidos y heces. Se la introducirá en la cámara de frío y se irá disminuyendo la temperatura hasta alcanzar los -190°C.

Era evidente que el discurso del robot estaba calculado para que durara exactamente lo mismo que el trayecto, puesto que cuando terminó de hablar, el vehículo se detuvo. Guacimara miró por el cristal y se vio dentro de un garaje poco iluminado, del cual una puerta daba acceso a un pasillo, que desembocaba en una fuente de luz.

—Salga del vehículo y siga el pasillo hasta el final —le dijo el robot al tiempo que se abría la puerta a su izquierda.

El mismo ruido sordo. El mismo reflejo en el cristal. El mismo frío. La única diferencia era que ella ya había pasado por todo esto y no le sorprendía. Se zafó de las ataduras y golpeó el cristal con todas sus fuerzas. Utilizó las piernas esta vez y el cristal cedió un poco. Unos cuantos empujones más desprendieron el panel de vidrio que cayó frente a ella. Los calambres, que le produjeron el esfuerzo, hicieron que se demorara unos segundos. Pasado ese tiempo, avanzó para salir del cubículo y con este gesto se arrancó las sondas que portaba, sufriendo un dolor que hizo que quedara tumbada sobre el pasillo de metal. Escuchó la misma voz que las veces anteriores hablándole al hueco vacío.

Cuando el dolor disminuyó lo suficiente, se incorporó y miró en derredor y lo que vio hizo que un escalofrío le recorriera el cuerpo desnudo. Se trataba de un inmenso tubo dispuesto en vertical en cuyas paredes unos pasillos daban acceso a miles de cápsulas como la suya. Ella se encontraba bastante cerca de la base del tubo, por lo que decidió probar suerte y bajar. Corrió todo lo que su anciano cuerpo le permitía. Llegó a una puerta que daba acceso a una inmensa sala cuadrada tenuemente iluminada, y continuó su carrera. Nadie le franqueó el paso. En su sien, notaba los golpes de la sangre, que como ella, se abría paso frenéticamente por su cuerpo.

Cuando salió al exterior se encontró una multitud de hombres vestidos de uniforme y armados. La mayoría de las armas apuntaban a su persona.

—¡Guacimara Artiles Monzón! —gritó un hombre canoso a través de un megáfono—. No queremos hacerle daño. Sólo queremos terminar con esto. Acompáñenos.

—Tampoco tengo otra opción —respondió resignada.

Y así un soldado la envolvió en una manta térmica y la acompañó hacia dentro, donde se dirigieron hacia una consulta médica. El soldado le indicó que se acostara en la camilla boca arriba. Una señora vestida con una bata blanca impoluta cogió unos artilugios que no pudo identificar y se dirigió hasta donde ella estaba. Sin detenerse le dijo: —Esto te va a doler querida. —Y acto seguido abrió un tajo en su brazo derecho, sacó su chip, aprovechó para extraerle sangre y le aplicó un parche médico. Le vendó el brazo y abandonó la consulta sin decir nada más.

El soldado la obligó a ponerse en pie. Le dio ropa para que se la pusiera mientras él esperaba de pie frente a ella. Cuando se la hubo puesto, la condujo hasta afuera donde un vehículo militar con los cristales tintados la esperaba. Subió al vehículo y tras dos horas de camino, se detuvieron y la puerta se abrió. Nada más salir por la puerta del coche, ésta se cerró y el vehículo se encaminó de regreso al complejo.

Guacimara se encontraba en un camino de tierra, rodeada de vegetación; árboles, arbustos, matorrales y sola. No le habían explicado nada pero durante su viaje hasta ese lugar había pensado en todo lo sucedido, y sólo se le ocurría una respuesta; la criogenización había fallado. Ahora era una No-C. Una de aquellas personas que eran apartadas de la sociedad por no poder ser de utilidad en un futuro. Una No Criogenizada.

La ira que la embargó fue tal, que se juró a sí misma que el resto de sus días los emplearía en derrocar esa sociedad que la había apartado porque sus sistemas no funcionaban con ella.

Se giró buscando la ciudad más cercana y poder así grabarla en su memoria, pero lo único que consiguió ver fue un cartel medio caído en el que se veía la imagen de una familia sonriente y se leía un eslogan que decía:

CRIOGENIA: ADIÓS A LA JUBILACIÓN, ADIÓS A LA VEJEZ.

Rompió a llorar de impotencia y rabia. Mientras recordaba que el objetivo de su vida había sido siempre que la criogenizaran. Lloró por sus hijos y nietos. Lloró y lloró.



¡15 años de experiencia trabajando para las mejores empresas y organizaciones del Perú y el mundo nos respaldan!



Estudio iotopia
Soluciones de Diseño Web, Multimedia, Asesoría y más...

- *Diseño Gráfico, diseño de logotipos, isotipos, isologos.*
- *Diseño de páginas web adaptativas, HTML5, CSS3, Javascript, PHP, Flash, MySQL.*
- *CD multimedia para presentación de empresa, productos, catalogos, books digitales, curriculum, proyectos, demos de software, etc.*
- *Alta y posicionamiento en GOOGLE, SEO-SEF.*
- *Creación de portales, E-Commerce, galerías de imágenes, foros, servicios de noticias, blogs, CMS, guestbooks (libro de visitas), listas de correo, entornos de servicio de atención al cliente, etc.*
- *Asesoría en redes sociales.*
- *Presentación de su web en idioma inglés, español, chino, alemán, etc.*
- *Gestión de dominios de primer nivel .COM, .NET, .ORG, etc. Recuperación y transferencias.*
- *Alquiler de Hosting Linux para Microempresas, Pymes, Medianos y grandes negocios.*
- *Mantenimiento de computadoras y redes.*

Recuperación y respaldo de datos.

Skype: estudio.iotopia

w: <http://iotopia.net> **t: (+51-1) 6559026 (CLARO)**

@: estudio@iotopia.net **m: (+51-1) 993400806 (CLARO)**

La Garra

La balada del nunca amado

Oscuro - Parte 7

Por: Julio Cevalco





«Un pentáculo de cuatro puntas es un pentáculo muerto.» Era lo que los brujos creían, pero después de hojear el diario de la labriega Rose Càrragan, la peletera empezaba a sembrar sus dudas.

Las notas no mienten —pensó—. Al final Rose nos ocultó cosas. Si teníamos un lazo de confianza, ¿entonces por qué nos mintió?»

Pese a las manchas de tinta, descifró su caligrafía y descubrió que la labriega se escapaba hacia las ruinas a convocar espíritus.

«La ciudadela era laberíntica —recordó la muchacha en el interior de la cabaña—. La protegían macizas murallas, y rejas y pilastras, y torres de ladrillo cubiertas por trepadoras, espinas y líquenes.» El diario, aunque pobremente las describía, también enumeraba centenares de parterres, jardines, grutas, escalinatas y estatuas apostilladas tras barbicanas en las destruidas plazas. La labriega había trazado unos cuantos mapas señalando senderos que enlazaban el campo con las ruinas, marcado pasadizos subterráneos y pintado dibujos que la Garra del Sacrificio, su círculo, apenas podría comprender.

—Faltaban algunas hojas —susurró Godètt recordando las escrituras—, supongo que Rose las habría arrancado.

La muchacha, con la barbilla apoyada en la palma de su mano, echó un vistazo por la ventana y la imagen de la ciudadela empezaba a desaparecer. El campo, en su lugar, se extendía hasta los confines del no-mundo. Le parecían unos campos eternos con la maleza puntiaguda, danzante, como pelaje de bestia. Fuera empezaba a caer una lluvia de chubascos gruesos, con cuentagotas, y si los labriegos salían y bordeaban el curso del río, llegarían a las fronteras del Bosque de Sacrificios.

Godètt había respirado el aroma de dicho bosque y todavía recordaba los soplidos primigenios con olor a hojas y a madera de antaño. Esa noche lejana, hacía ya varios meses, el aire zarandeaba sus cabellos estirándolos bajo la luz de las lunas gemelas y, de pie, junto a las sombras, la peletera observaba una floresta salvaje, que respiraba mientras sus confráteres encaminaban a los prisioneros por su última senda. «¿Porqué sacrificar a una cuadrilla de mendigos? ¿Y por qué se encuentran desnudos?», se había preguntado mientras los oía gritar y pedir clemencia; pero luego, cuando ella y los labriegos marchaban de regreso, Pandora van Riegen le respondió que era mejor ofrendarlos sin ropa porque el sudor, el miedo y la desnudez, cocinaban un aroma que despertaba el morbo de la terrible-naturaleza.

—Es un bosque carnívoro, Godètt. Es así como le gusta y es así como debe ser. El ritual se ha repetido de generación en generación desde la época de tus antepasados, y, las costumbres, pese a quien le pese, no deben romperse. Si se rompen ya sabes lo que pasará.

«Si las costumbres se rompen aunque sea un poco —pensó la peletera— el pueblo quedará desprotegido ante los caprichos del bosque.»

La muchacha, junto a la ventana de la cabaña, pensaba que Pandora tenía razón. Si en cientos de lustros las costumbres no se habían quebrado, mucho menos entonces, cuando la plaga cabalgaba por el no-mundo debían quebrantarse. Sin embargo, después de hojear el diario todo le parecía muy confuso.

«Rose era muy buena echando las piedras —recordó—. Lo hacía mejor que Pandora y su madre. Darle el beneficio de la duda sería lo más sensato.»

Se mordió las uñas de las manos quedando en blanco por un instante. Godètt de Bertrànd sintió que una corriente de aire frío mordía su cuello como una lamia, pero al cerrar los postigos la brisa disminuyó.

Al volverse hacia la mesa se encontró con una compañía de campesinos que aguardaban a por ella. Los labriegos la estaban mirando. Lucían como estatuas talladas, con zamarras de pelo, chalecos, anguarinas con capucha y zahones. Pandora y su madre, una mujer tan joven que parecía su hermana, se encontraban sentadas junto al labriego Mòrdekhay, quien acababa de morder un trozo de mazorca. A la cabecera estaba repantigado un hombre

de barba rala con los cabellos rojos y encrespados. Lord Ariela Shael'tiel se rascó el cuello observando el rostro desencajado de la peletera Godètt. La muchacha bajó la mirada ante sus ojos azulinos.

—Cría obediente —susurró el Lord Carnero—. Lenta pero obediente. Te lo he estado pidiendo desde hace rato, pero ¿en qué andabas pensando? ¿En las bolas de tu Lord?

La peletera no respondió, pero pensó que las bolas de su señor debían de estar tan rojas como su rostro. Se le veía enojado y algo entristecido.

—Esta visita terminó —añadió el duunviro poniéndose de pie con su típica voz de borracho, como aguardentosa. Al punto, con los ojos enrojecidos, se volvió al labriego de la mazorca—. Es bueno contar con tu cooperación, Mòrdekhay. Esos putos extranjeros tienen que caer rápido, porque la Sombra del Campo no podrá cargárselos. Por lo menos no a todos. Si siguen migrando como la escoria que son, tarde o temprano la superaran, incluso a la banda de Milcuchillos.

—Como digais —respondió el campesino con una inclinación de cabeza, y el Lord Carnero se encapuchó antes de marcharse.

Luego de abrir la puerta, la peletera lo vio partir con el semblante adusto, cubierto de sombras. Desde que lo conocía siempre le había parecido un sujeto melancólico y embriagado en la soledad del campo, mas no sabía muchos detalles de su pasado. Sólo que era el último de una poderosa familia de terratenientes y que había entregado su vida a los cultivos.

Cuando el círculo nuevamente se quedó a solas, el labriego Mòrdekhay se paseó por la sala de su cabaña. El hogar se encontraba encendido, las llamas danzaban deformando la leña, sometiendo a las cenizas y al carbón, mientras que un aroma ahumado, como a cáscaras de naranja, recorría ligeramente la estancia. El perfume se mezclaba poco a poco con una peste a granos y a pelos de cabra, la cuál, emanaba del chaleco del labriego. Desde que el círculo se había reunido la pestilencia se pegaba en cada pared, columna y muro de la sala. Mòrdekhay Milkraev, de pie junto al fuego, colocó las manos en jarras.

—Lo habéis escuchado —murmuró masticando los granos de maíz. Kálanit, la madre de Pandora, intercambió una mirada con su hija y la peletera—. Tendréis que haceros cargo vosotras tres.

—¿Cuándo partirás? —preguntó Godètt con los brazos cruzados, desde la esquina.

—Lo más pronto posible, ternura. Alguien tiene que poner a raya a esos invasores, dialogar con las mujeres y organizar las rondas. La Sombra del Campo no podrá rendir por siempre; anoche se cargaron a seis mendigos que marchaban desde el oeste, pero se les escaparon más de diez. El Lord Carnero, además, nunca les tuvo confianza. —La peletera pensaba que Ariela no confiaba en nadie, pero tenía que darle crédito. Era difícil encomendarse a un grupo de mujeres que envolvían sus rostros con griñones y mantos. Pese a que eran banderizas de las casas del carnero y de la espiga de trigo, ninguno de los duunviro sabía quiénes se escondían tras los pañuelos, ni de dónde procedían. Mòrdekhay hizo una pausa para morder más grano y se detuvo junto al fuego que iluminó su rostro canallesco y su melena de león—. El Lord Carnero piensa que tarde o temprano la Sombra del Campo impulsará una sedición, y yo, personalmente, no imagino un pueblo liderado por carne para mazorca.

Se tocó la entrepierna.

Godètt, con una sonrisa en los labios, agachó la cabeza. En el fondo la muchacha creía saber lo que pensaba el pastor: «ese tragasables de Mòrdekhay... Se las da de muy macho el bebemierdas. Cree que lidera el círculo pero son las mujeres quienes realmente lo manejan». Se aguantó la risa. Siempre había pensando que Rose Cárigan, Pandora van Riegen y Kálanit la Pálida habían tirado de las cuerdas de la cuadriga. De hecho, luego de que la aceptaron en su agrupación, las tres la abordaron en las campiñas para decirle que no se preocupara, que el labriego era tan dócil como un gato: «Si piensa que manda, es más fácil dominarlo». Fue exactamente lo que dijeron. «Y que no olvide que el verdadero poder es húmedo, ni que reside dentro del coño».

Lástima que la labriega no se sintiera del todo mujer. La Garra del Sacrificio siempre tuvo tres dedos medios y uno de ellos se llamaba Rose, pero el campo ya lo había reclamado.

—Mòrdekhay, si tu hermana estuviera viva, pudiera mandar sobre treintenas de campesinas —dijo de pronto Kàlanit, quien se recogía los cabellos en una larga coleta—. Milcuchillos, su banda y su maldita cojera no tendrían potestad contra tu hermana la Marcaèla. Recuerdo que antes de que desapareciera se había medido con dos de los mastodontes que servían a la espiga. Tenía dieciséis años. Toda una grandullona. A uno lo degolló. Al otro le cortó el brazo. Por las noches bebía en los burdeles con Càstor Brûnn, y si él no se la follaba, era porque corría el rumor de que tu hermana tenía un miembro de más de tres palmos.

Mòrdekhay esbozó una sonrisa.

«Castor Brûnn, el Lord de las Espigas, es un cadáver más en el campo —pensó Godètt con la mano bajo el mentón, ignorando el comentario—. Todo el pueblo lo repite, aunque muchas veces no saben lo que dicen.»

La muchacha se aclaró la garganta recordando que al potentado no se le había visto desde hacía más de tres meses. Lord Càstor era uno de los pocos que habían conocido a Marcaèla Tres Palmos y que todavía vivían, por lo menos entre los campesinos y peleteros que frecuentaba Godètt.

—Mòrdekhay, si Marcaèla estuviese viva, no serías el maldito patán que eres. No sabes el daño que te causó perderla.

Mòrdekhay tosió con el rostro irradiado por las llamas. Descorchó una botella de aguardiente luego de recogerla de una repisa, y bebió.

—Càstor Brûnn es comida de lobos. —El campesino echó un eructo—. Lo sabe todo el mundo. Al igual que mi hermana, el viejo cuervo no va a regresar; y si vuelve, no lo curarán ni con la hierbas de la ciudadela ni del santuario.

Bebió nuevamente y se enjuagó la boca luego de desgarrar los granos.

Las tres labriegas permanecieron en silencio escuchando las mascaduras. Kàlanit se levantó de la mesa con lentitud y caminó hacia la puerta. Bajo la bóveda de la cabaña parecía una mujer de porte mediano; y con esa tez tan fina, lucía casi como una rapaza de veinte años cuando más de cuarenta inviernos habían pasado por su cuenta. Su lividez era fantasmal, y de no ser por sus ojos plomizos a la peletera le hubiese recordado a la bastarda.

—Por lo que veo esta reunión ya terminó —añadió la mujer antes de volverse a Mòrdekhay. El labrador se encontraba recostado en la pared como un gigante de brazos cruzados.

Al punto, simulando no escucharla, bebió nuevamente de su botella, hizo buchec con la boca y se los tragó.

La mujer pàlida abrió la puerta luego de colocarse el gorro, la bufanda y un abrigo de piel de lobo. Fuera el viento soplabla con furia y ella tendría que recorrer algunas leguas con la carreta. Cerró la puerta tras cruzar el umbral y su hija la siguió acompañada de la peletera. Godètt pasó encorvada junto al labriego, aspirando su aliento aguardentoso. Era una cabeza más baja que él y su cabello era igual de rojo.

—Me comunicaré cuando esté de regreso —lo escuchó decir, pero ninguna de las labriegas volteó a verlo.

Transcurridos los próximos días no hubo informes de su retorno. La Garra del Sacrificio tampoco recibió palomos con mensajes del campesino, ni los otros servidores del Lord Carnero les llevaron noticias. Nàjum el Cortado, Càlev el Tripas y un cabrero gordo de nombre Bùllegath Hexx visitaron a Godètt mientras desollaba a unos perros en la curtiembre. Pero sólo fue para entregarle a un pastor ovejero con rabia. Le dijeron que a su piel no podían darle mejor uso que hacer de ella una zamarra.

—Tendréis vuestro encargo para mañana antes del anochecer —respondió la peletera. Empero, después de que se marcharan dejó escapar a la bestia—. Vete. Se libre. Vivirás más tiempo. Pero no te acerques al santuario ni a las ruinas de la ciudadela.



La muchacha no supo si el perro la comprendió, pero cada vez que ella rondaba por el santuario la carne se le helaba. Esa noche no pudo dormir pensando en su paseo por los parterres de la ciudad en ruinas y en el rostro manchado de barro que había visto al andar por las cercanías de la laguna. Era un rostro joven y con los ojos de un intenso color borgoña. La figura llevaba los cabellos largos, mojados, parcialmente sumergidos en aguas cubiertas con algas y vapores que desprendían olores a rosas. La peletera había dejado caer las frutas de su canasta y cuando volvió la mirada el rostro camuflado entre el barro no era ningún rostro, sino una mancha de líquenes. Godètt había oído hablar de los *genius loci* así como de otros espíritus protectores, pero lo que había visto se trababa de alguna encarnación, no de un espíritu. Si bien a la peletera los recuerdos la congelaron y no la dejaron conciliar el sueño, la noche siguiente no fue fría ni solitaria.

—Sigue... —suspiraba— Sigue... Sigue... —aspirando el aroma resinoso que se mezclaba con su olor.

La muchacha yacía sobre un jergón de paja en el sótano de la granja y transpiraba por la frente. La corva y las ingles también le sudaban. Godètt mantenía los muslos entreabiertos, relajados; cerraba los ojos separando los labios al imaginar el rostro de una mujer viril; entretanto, un aliento cálido se derramaba sobre los labios de su sexo. La muchacha gimió, pero antes sintió unas cosquillas húmedas. Enterró los dedos en el cabello de su amante y, por un momento, tembló, ardió, y contuvo sus gemidos antes de correrse. Entonces se tensó de pronto, como un arco de hierro, y mientras expiraba, envuelta en un olor salado emergió de entre sus piernas una muchacha con los cabellos largos y pegajosos.

Pandora van Riegen tenía el torso desnudo mientras, sudorosa, observaba a la peletera como si esperara por un beso, pero el beso nunca se dio. Godètt sintió su abrazo húmedo y la calidez de su estómago sobre la panza y, al mirar a la muchacha, comenzó a respirar con agitación y a pensar en lo liviana que su amante era.

«Parece una cigarra sobre mi vientre y yo parezco una bestia terrible y monstruosa». No sonreía, y todavía podía sentir el olor a sexo y a grasa en la oscuridad del sótano.

—Esta noche estás muy rígida, osa. —La muchacha se arrastró como una araña hasta hablarle en el oído. Su aliento era cálido y despedía un hedor a entrañas—. Tal vez deberíamos traer compañía. Estaba pensando en madre. Nunca hemos hecho el amor en un sótano las tres juntas.

«Claro que no», pensó la peletera con la mirada perdida. Sólo habían dormido las dos pocas veces, pues antes se habían acostado siempre con Rose.

—Lo siento. —Godètt se hizo a un lado. Pandora se arrastró sobre el jergón para no caerse y quedó mirándola con el rostro envuelto por sus largas greñas. Arqueó una ceja como si estuviese confundida—. Es sólo que he tenido un día pesado. Hace un mes la Garra estaba completa. Éramos cinco pero ahora está destruida. Sólo quedamos tres y tenemos que buscar a una sustituta.

«No, miento... no pensamos sustituir a nadie, menos a ti, Rose.» Pero tenían que hacerlo. En el fondo la peletera lo sabía.

—Has hojeado el diario, mi osa. —Pandora se arrastró como leyendo sus pensamientos y le besó el cuello—. Buscaremos a otra para la alcoba y que sea leal a nuestro círculo. Será lo mejor.

Godètt le rascó la cabeza pensando en el diario de la pastora muerta.

—¿Lo tienes? —susurró.

—Lo guardo en la cabaña. La próxima vez que vayas lo leeremos hasta la última página.

—Sí, por supuesto. —La peletera cerró los ojos y sintió que Pandora se acostaba sobre sus pechos. Escuchó su respiración.

«Duerme como un bebé. Ojalá pudiera ser como ella y olvidar todo tan fácil.» Pero la muchacha no podía. Se conocía demasiado bien. Nunca olvidaría tan rápido las traiciones ni las invocaciones descritas por la labriega.

«¿Con que fines se escabullía? —se había preguntado la otra noche, y, ¿había invocado a espíritus distintos a los del bosque?— Olvídalo. Tú no eres Rose. Si viajas a ese santuario con los mismos fines todo terminará mal; además, los sacrificios de la Garra los hemos efectuado juntas cada noche bajo las lunas gemelas. Así ha sido siempre.»

La peletera tomó aire y se cubrió los pechos. Sintió que el sudor humedecía sus sienes mezclándose con el olor a grasa de sus cabellos y los soplidos de Pandora. Recordó a los prisioneros desnudos que echaban al bosque bajo las lunas. Recordó que eran cinco las cuchillas de la Garra, cinco los sacrificios, y cinco los meses de porvenir y buenos cultivos; y no olvidó que la última noche temblaron como cuando ella, caminando por el santuario, tembló ante el rostro que apreció en la laguna. Entonces habían oído que la peste empezaba a extenderse y que las plantas, incluso, se pudrían más rápido que los huesos de los animales.

Godètt se había quedado dormida pero después de un momento despertó agitada como de una pesadilla.

—Tranquila. No tienes nada que temer. —Pandora la miró a los ojos. La peletera, de pronto, se encontraba temblando como aquella vez en los límites del bosque—. Hablabas dormida, mi osa. Recuerda que las dos estuvimos allí esa noche y que soltamos a los prisioneros bajo las sombras de los robles. Entonces pude olfatear tu miedo mientras tú olisqueabas el mío. El bosque, a su manera, nos respondía.

»Después de muchas generaciones —continuó— las ruinas de la ciudadela empezaron a poblarse de hojas, de arbustos y de flores así como en los tiempos de nuestros ancestros; y tú, al igual que yo, también sabes qué significa. —Esbozó una sonrisa. Dejó correr una pausa y se escuchó un silbido de viento—. El santuario fue invadido por viejos aromas, flores y espíritus. Los curanderos de las antigua raza. Los servidores de la naturaleza, regresan.

«No fue un espíritu lo que vi», pensó Godètt todavía algo dormida, pero había pasado tanto tiempo que no estaba tan segura.

—Desde entonces son quienes nos protegen. Recuerda que Rose contrajo la plaga, o algo parecido, y pese a que anduvo en esta comarca, hasta ahora no encontramos ni un caso de infección.

La peletera no supo qué responder.

«A lo mejor la peste todavía no se extiende —pensó con la mirada plagada de espanto—. A lo mejor sólo hay que esperar a que aparezcan las primeras señales de contagio.» Pensara lo que pensase, el cuerpo de Rose Càrragan nunca se deshizo como la carne de los plagados. Tampoco mostraba pústulas. Eso lo sabía muy bien. Su muerte podía deberse a un mal como la disentería o el cólera.

—No sé —susurró la peletera sin estar segura, y de pronto advirtió que no controlaba ni sus propias palabras. Al punto, sintió las caricias de su amante.

—Faltan algunas semanas para que se asomen las lunas. —Pandora la miró a los ojos. La muchacha parecía un felino sin pelo—. Vamos a completar el ritual, vamos a conseguir las ofrendas y echarlas al bosque para que los dioses las devoren como siempre lo hemos hecho y, sobre todo, vamos a conseguir una sustituta. Entonces volverás a dormir tranquila, mi osa.

Pandora se acercó a la Peletera como una flor inclinándose, y le dio un beso ligero en los labios. Godètt la vio venir y la besó. Fue algo que no esperó. Tampoco esperó el abrazo ni que le dijera en el oído:

—Te amo.

—Yo también te amo —susurró. Pero la peletera no lo decía con el corazón. No podía amarla ni quererla, porque esa noche, y siempre, el miedo la había abrumado.

«Vamos a buscar una sustituta», pensó con el rostro recostado en los hombros de Pandora, y en su fuero interno rezó a los espíritus para que esa noche pudiera dormir tranquila.



La princesa cautiva

Por: Antonio Castro





Apartó la tela del pabellón y salió al exterior. De inmediato, le alcanzaron el olor acre del humo y la luz vespertina que se colaba entre los nubarrones negros y tormentosos. Rywkór echó a andar pendiente abajo, con la mirada fija en la urbe que, herida de muerte, humeaba sobre la colina. Pálidos y desgastados, los hombres pululaban más abajo, entre las unidades de artillería. Aplastadas por un proyectil invisible, algunas de estas máquinas habían quedado reducidas a un amasijo de maderos y trozos de hierro; otras aguardaban bajo el cielo de tormenta, erizadas de metal y dispuestas para seguir disparando.

Martias lo aguardaba al pie de la colina, con las riendas de su montura cogidas de la mano. Alrededor, veinte escoltas observaban el paisaje que los rodeaba en un intento por aligerar la espera.

—Mi general —dijo Martias con una sonrisa cuando llegó hasta él—. La ciudad es tuya.

—Tras dos semanas de asedio, doscientos muertos y mucho pelear. —Rywkór montó en el caballo que sujetaba Martias, quien subió de inmediato a su propia montura—. Dime, legado. ¿Qué harás ahora que hemos terminado?

—Buscar una cama cómoda, una buena cerveza y una chimenea caliente. Me conformo con eso.

El general sonrió y azuzó a su animal, seguido por los escoltas. Los cascos de los caballos resonaban sobre el camino empedrado, el cual se dirigía, recto como la hoja de una espada, hacia los muros semiderruidos de la ciudad. Los restos de dos torres se amontonaban junto al lienzo agujereado de piedra, en cuya cúspide apenas quedaban almenas tras las que pudieran parapetarse los centinelas.

«Aunque ya no hay ningún centinela que pueda hacer tal cosa», se dijo Rywkór.

—¿Y tú qué, general? —le preguntó Martias, que cabalgaba a su lado—. Dieciséis años de guerra. ¿No estás cansado?

—Ya he vuelto a casa, legado. Todo lo que necesito está aquí, incluso el descanso que tanto preciso.

A imitación del propio Rywkór, el oficial sonreía de oreja a oreja cuando dijo:

—Como me pediste, envié a algunos hombres en su busca. Está en la torre. Nadie se ha acercado: han reducido a los guardias de palacio, pero nada más. ¿Crees que se acordará de ti?

—Eso espero.

La comitiva entró en la ciudad a galope tendido. Los soldados, que formaban junto al portón salido de sus goznes, apenas tuvieron tiempo de saludar a su general. Rywkór y los suyos giraron hacia una calle estrecha, en la que tuvieron que esquivar un carro volcado y una docena de cadáveres.

El general no redujo el ritmo de la cabalgada, sino que lo mantuvo a través de la ciudad. Pronto enfilaron la avenida principal, por la que habrían podido pasar tres carros uno junto al otro. Los adoquines estaban manchados con la sangre de los soldados caídos. Un bloque de viviendas ardía con llamas vivas; sobre él, las tejas de arcilla se partían por efecto del fuego, y el eco del chasquido que producían se extendía por entre las callejuelas desiertas. Los edificios terminaron de manera abrupta en la margen izquierda de la avenida. Rywkór tiró de las riendas y frenó en seco; Martias y los escoltas tardaron un poco más en reaccionar.

—¿Qué sucede? —inquirió el oficial, ceñudo, cuando volvió hasta él.

Pero el general no respondió. Rywkór bajó del caballo y avanzó con paso lento hasta adentrarse en el jardín. —¿General? —llamó el legado a su espalda.

La mirada de Rywkór se perdía en aquel lugar. Los árboles eran más grandes de lo que recordaba, y el banco de piedra estaba partido en dos. Cuando entró en el jardín, su capa azul

barrió el polvo y los cascotes de las estatuas destrozadas. Dos hombres se desangraban, las armas todavía empuñadas, sobre la fuente; el reguero rojo que manaba de los cuerpos llenaba ya la mitad del recipiente de mármol. Rywkór miraba aquel líquido espeso con los ojos muy abiertos. Casi podía ver el agua cristalina que fluía allí años atrás, el murmullo de los habitantes que paseaban entre los árboles frutales y los arbustos...

El tiempo se detuvo y, como un sople de brisa fresca, la vida volvió a aquel lugar.

Los peces de colores nadaban en las aguas cristalinas de la fuente. Como siempre cuando esperaba, el joven posó la mano en la superficie acuosa. Al principio, los peces se asustaron y quisieron huir, pero después se acercaron con timidez. Rywkór notaba el cosquilleo que le hacían con sus pequeñas bocas en la palma de la mano. El muchacho sonrió.

El sol del mediodía brillaba en las hojas de los naranjos, cuyos frutos tiraban de las ramas hasta torcerlas bajo su peso. En la plaza, dos pequeños jugaban a perseguirse uno a otro. La niña corría detrás del niño, ambos con el rostro bañado en felicidad. Cuando su amiga lo alcanzó, el chiquillo se echó a reír. Lejos de sentirse derrotado, su risa mostraba una sincera satisfacción. Tal vez era eso, que la pequeña lo atrapase, lo que deseaba desde el principio.

Rywkór apartó la mano del agua y, distraído, miró hacia la avenida, por donde ella solía llegar. Acostumbraba ser puntual, pero aquel día se retrasaba un poco. Como siempre, el estómago se le encogió. «¿Y si no viene?», pensaba. Tal vez se había olvidado. Quizá estaba en otro lugar, con otra persona, riendo y pasándolo bien.

Un instante después, cuando la congoja pugnaba por conquistarlo del todo, la vio llegar. La acompañaba uno de sus guardias, al que hizo esperar junto a la estatua de Ainór. Luego se encaminó con paso rápido hacia la fuente, hacia él. Desde lejos le regaló una de aquellas sonrisas maravillosas y Rywkór, sin pensarlo ni poder resistirse, sonrió también. Pese a que solían verse en el mismo jardín, a la misma hora, uno o dos días por semana, no conseguía acostumbrarse a un sencillo gesto como ese.

—¡Hola! —saludó nada más detenerse.

—Hola —acertó a responder Rywkór.

—¿Te he hecho esperar demasiado? Me entretuve en palacio. Mi padre deseaba hablar conmigo de un asunto importante, un «asunto del reino», como los llama él. —La sonrisa se acentuó en aquel rostro de tez morena y ojos verdes, que destellaban como si dos estrellas se escondieran tras ellos.

—No importa. Llegué hace unos minutos —mintió el muchacho. En realidad, había llegado media hora antes a la cita solo para asegurarse de estar allí cuando ella apareciese. La muchacha se acomodó en la fuente, a cierta distancia de Rywkór.

—¿Y bien? ¿Por qué tanta prisa en vernos? —preguntó, al tiempo que se recogía la melena larga y castaña a un lado del cuello, lejos del agua que salpicaba tras ella—. ¿Qué es eso que tanto te urge?

El chico apretó los labios. ¿Debía decirle la verdad? «Amarte», habría susurrado entonces. «Amarte como si no hubiese mañana y como si el ayer no nos importase; amarte sin que nadie nos interrumpiera hasta la noche más larga, hasta que ambos cayésemos desfallecidos, el uno junto al otro, para siempre». Pero, tras ese breve instante de indecisión, Rywkór concluyó que aquel no era un buen momento para la verdad. Como siempre que se lo planteaba.

Agobiado, tragó saliva.

—Me voy de la ciudad —dijo al fin.

Las cejas de la chica se alzaron un ápice. Cuando habló, había asombro en su voz.

—Pensé que insistirías en la guardia urbana, que esperarías al nuevo trimestre para probar suerte una vez más. —Parpadeó, confusa—. ¿Adónde te marchas?

¿Había preocupación en aquellos ojos? ¿Acaso prefería que se quedase allí, con ella? Y si era así, ¿por qué no lo decía? El muchacho frunció los labios, asediado por preguntas a las que tal vez jamás hallaría respuesta.

—Fuera de este reino hay guerras, una batalla tras otra en las que necesitan soldados —explicó Rywkór—. Iré allí y me alistaré. Buscaré la fortuna y volveré cuando haya triunfado. —Aguardó, pero ella no decía nada—. ¿Me esperarás?

La muchacha ahogó una risita, con cierta timidez.

—A mí también me gustaría ver mundo, pero mi lugar está aquí hasta que mi padre decida lo contrario. Ser princesa conlleva ciertas obligaciones.

Aquella respuesta no era lo que esperaba, lo que necesitaba oír de sus labios. Y, sin embargo, Rywkór sonrió. Se alistaría en el mejor ejército, lucharía duro y, una vez se convirtiera en el hombre que una princesa merecía, regresaría junto a ella. Era la única forma de cruzar la distancia insalvable que se interponía entre ambos.

—Volveré —prometió el joven, con los ojos clavados en aquellos luceros verdes, hipnotizado. «¿Debo acercarme más?». Contempló los labios finos, delicados. ¿Y si la besaba? No. No era momento. Debía marcharse, debía encontrar lo que aún no tenía.

—Nos veremos pronto, entonces. —Ella se levantó y volvió a iluminar el jardín con otra sonrisa—. Te deseo lo mejor, Rywkór. Y espero que pronto nos volvamos a ver. ¡Abre bien los ojos y no pierdas detalle! Estaré ansiosa por escuchar tus aventuras cuando regreses.

La muchacha se alejó con el mismo paso con que había llegado. Rywkór permaneció inmóvil, con la mirada fija en ella hasta que, junto al guardia, desapareció entre la multitud.

Deseó con todas sus fuerzas que los años volasen, que el tiempo corriera y por fin estar de regreso en la ciudad con aquello que necesitaba. Solo así podría verla de nuevo, estar un instante más junto a ella y escuchar el timbre de su voz.

Rywkór parpadeó un par de veces. Notó el aire cargado a su alrededor al darse cuenta de que en la fuente sobre la que alzaba la mano no había agua limpia, sino sangre, moscas y hojas secas. Frunció el ceño y se giró. A pocos pasos de él, Martias lo observaba con una ceja arqueada.

—¿Estás bien, mi general?

—Lo estoy. —Movié los labios sin decir palabra al mismo tiempo que contenía en un ademán de su mano aquel jardín—. Este lugar... Resulta curioso que sea a la vez principio y final de mi viaje.

El legado cabeceó, inseguro.

—¿Aquí la conociste?

—Aquí nos veíamos —lo corrigió, con delicadeza—. Hablábamos de tonterías, nada importante. Éramos muy jóvenes. —Rywkór acarició el dobladillo de la capa azul que colgaba de sus hombros y después, casi con sorpresa, se miró los guanteletes de acero que le cubrían las manos—. Hace casi veinte años... Ha pasado mucho tiempo desde entonces. Si ella no se acuerda de mí...

—Se acordará. Y se alegrará de que seas tú quien la libere.

Rywkór esbozó una triste sonrisa al percibir el aplomo con que hablaba su oficial.

—Eso espero. —Tomó aire, suspiró y echó un último vistazo a aquel jardín—. No hay mejor forma de saberlo que preguntándole, ¿no te parece?

El legado asintió, emocionado, y luego volvieron junto a sus monturas y la escolta. No muy lejos, el bloque de viviendas que habían visto arder terminó de venirse abajo, y cien volutas incandescentes saltaron a su alrededor.

Entre los gruesos muros del patio resonaban las toses, los quejidos y los gruñidos de dolor. Las decenas de hombres que se repartían en pequeños grupos sobre los adoquines manchados de polvo y sangre miraban a su general conforme este pasaba entre ellos. Seguido por la escolta, Rywkór marchaba a pie con paso firme hacia la escalinata del palacio.

—Mi señor.

—Mi general.

Rywkór les devolvía el saludo con gesto sereno y media sonrisa; en más de una ocasión, incluso se detuvo para interesarse por el estado de quienes estaban heridos de gravedad.

—El combate se encontró en esta zona de la ciudad, general —susurró Martias cuando se despidieron del legionario que, con fría paciencia, esperaba que el médico de campaña le amputara el brazo izquierdo. El legado carraspeó levemente y, con tono más comedido, añadió—: Mis disculpas, general.

—Quienes defendían la ciudad eran tan mortales como nosotros. Yo no quiero morir, ¿y tú? —Martias le sostuvo la mirada hasta que, al fin, negó—. Tampoco lo querían ellos, así que de nada sirve pedir disculpas por lo que obedece a toda lógica. Sigamos.

Martias cabeceó en gesto afirmativo. Recorrieron el resto del trayecto, que serpeó entre cascotes ruinosos y cadáveres que aún se desangraban hasta la escalinata del palacio. La inmundicia cubría los escalones de mármol, en los que se hacinaba un grupúsculo de individuos con expresión sombría. En torno a ellos formaba un batallón de soldados de armaduras esmeriladas y capas azules.

—Bienhallado seas, general —lo saludó el oficial al mando, cuyo rostro quedaba parcialmente oculto por un vendaje sanguinolento. Pese a ello, el hombre lucía una sonrisa resplandeciente—. Tuya es la victoria, y por tanto también lo es la vida de estos hombres. ¿Qué deseas que hagamos con ellos?

Rywkór frunció el ceño y examinó a los derrotados. Había algunos guardias de palacio que se habían rendido a tiempo, pero la mayoría eran simples criados. Uno de ellos, un anciano de barbilla afilada y ojos del color del hierro, le devolvía la mirada con un aire de sorpresa en el rostro. El general le dio la espalda en cuanto se fijó en él.

—¿Y la princesa?

—En sus aposentos. Como ordenaste, ninguno de mis hombres la molestó. Eliminamos a los carceleros, que hacían guardia frente a su puerta, pero nada más. —El oficial frunció los labios, se rascó la mejilla en la que crecía barba de varios días y añadió—: General, no vayas solo. Puede que haya más hombres dentro, con ella.

—Me acompañarán dos de mis escoltas. —Rywkór indicó con el pulgar quiénes debían seguirle. Tras aquel gesto, Martias lo miró, interrogante—: Encárgate de los heridos. Trae al resto de médicos si es necesario para...

—¿Rywkór? Rywkór, muchacho, ¿eres tú?

El oficial de cabeza vendada dio un paso adelante, molesto, y desenvainó la mitad de su espada corta.

—¿Qué mascullas, viejo? Cierra esa boca o la tendrás abierta para siempre.

Con gesto sereno, el general contempló al anciano criado, cuyo asombro era plenamente visible, y le sostuvo la mirada durante unos instantes. Sin mutar el gesto, se volvió y dijo a los suyos:

—Seguidme.

Rywkór y los dos escoltas subieron los escalones y se sumergieron en las sombras que reinaban en el atrio del palacio, cuyas puertas, dos hojas gigantescas de madera tallada, permanecían derrumbadas en el suelo tras haber sido arrancadas del marco de bronce por un puño invisible. El general cruzó el amplio espacio, en el que reposaban como muñecos abandonados los cadáveres de una docena de soldados. La sangre salpicaba las columnas.

Sin detenerse, el general y sus guardias llegaron a la escalera doble de mármol negro. El corazón le latía deprisa, ansioso por lo que estaba a punto de acontecer. Rywkór trataba de tranquilizarse, de ponerle freno a sus nervios, pero era imposible. «Demasiado tiempo anhelando regresar», se decía, emocionado; «demasiado tiempo como para hacer que no pasa nada».



Cuando alcanzó el tramo final de la escalera, tres pisos más arriba, jadeaba. Notaba el peso de la armadura, sofocante, contra la túnica de algodón que separaba su piel del frío metal. Nada más subir el último escalón se detuvo e hizo un intento por recuperar el aliento. Los dos escoltas que lo seguían tampoco estaban mucho mejor. Rywkór los miró y asintió un par de veces.

Tal y como le había informado el oficial, el caos de la refriega no había llegado allí arriba. Los suelos de piedra permanecían impolutos, y los ventanales de cristal de colores, intactos. Sendas enredaderas abrazaban las columnas talladas que flanqueaban las puertas de

caoba. En aquella antesala residía un pesado silencio, que solo se veía interrumpido por el lejano crepitar de los incendios y los quejidos de los malheridos, más abajo, en el patio.

El general indicó a los guardias que lo esperasen allí, se secó el sudor frío de la frente con el dorso de la mano y se situó frente a las puertas. Una sonrisa revoloteó en sus labios; ya casi había olvidado aquel gesto, tan fuera de lugar entre el acero y la sangre de los últimos años. Poseído aún por la sensación de juventud que aquel jardín le había provocado, agarró los tiradores de las puertas y empujó hasta que se abrieron de par en par.

Una vez dentro, cerró tras de sí, consciente de que aquel era el fin de su viaje. Por fin, tras tanto pelear, había regresado.

Una cama con dosel presidía la habitación. Las sábanas revueltas y arrugadas apenas se veían bajo los almohadones. Rywkór se quitó el yelmo de penacho azulado y lo dejó junto a la puerta. El pelo se le pegaba al cráneo debido al sudor.

—¿Ainnóry? —llamó con un hilo de voz.

Una suave brisa se colaba por el balcón abierto y mecía los cortinajes de seda blanquecina. La muchacha, al fin, apartó la fina tela y se mostró ante el recién llegado. Al verla, Rywkór creyó desfallecer; una mano invisible se cerró en torno a sus entrañas debido a la impresión. Aquel pelo, aquellos ojos, aquellos labios...

Cuánto los había extrañado.

—Tu cautiverio ha llegado a su fin —anunció él, con la mayor solemnidad que le permitía la emoción. Sin perder un solo instante, cruzó en dos zancadas el aposento hasta situarse junto a ella, que lo miraba en silencio. Luego pronunció las palabras que durante meses había imaginado—. Soy yo, Ainnóry. Soy Rywkór. He regresado. Tus carceleros han muerto, y yo...

La bofetada resonó en la habitación. El general, cuyo rostro se había torcido debido al impacto, abrió mucho los ojos y contempló a aquella mujer que, tras golpearlo, resoplaba como un animal enfurecido. Una lágrima cruzaba la tez morena de su cara.

—¿Por qué? ¿Por qué los dioses no te fulminaron en el campo de batalla? ¿Por qué han permitido que llegues hasta aquí? —Ainnóry hablaba con los dientes apretados; tenía los ojos anegados de lágrimas—. Los has matado a todos, a todos... Mi padre vendrá y acabará contigo, ¡lo juro! No creí nunca que fueras capaz de... de esto... de... ¡Dioses! ¡Apesta a muerte!

—He venido a liberarte —explicó Rywkór, incapaz de decir nada más, a la vez que posaba la mano en la mejilla en que lo había golpeado—. Estaba en Verlaria cuando escuché que tu padre te mantenía presa, que incluso empleó soldados para retenerte y... cuando lo supe, yo...

—¿Retenerme? ¡Mi padre me protegía! Sus enemigos planeaban mi secuestro para chantajearle. ¿Qué haces aquí, Rywkór? Ahora están todos presos o... muertos... Dyl, Ladia... ¡Hasta el viejo Merin, que te dejó entrar a palacio más de una vez! ¿En qué clase de demonio te has convertido?

—No, él no... Yo... yo... —Tomó aire, consciente de que había llegado la hora. Por fin era el momento de la verdad—. Yo te amo, Ainnóry. Por eso he vuelto.

La muchacha lo miraba, atónita. Un segundo después, dejó escapar una risotada amarga.

—¿Me amas? ¿Tú? —La sonrisa cruel se grabó en su rostro como si hubiese estado siempre ahí—. Es cierto: cuando éramos jóvenes nos veíamos a menudo. Me gustaba hablar con alguien de fuera de palacio... Incluso te permití venir en más de una ocasión. Pero de ahí a... a algo más... —Una mueca desagradable correteó entre sus labios pálidos—. Jamás me habría fijado en ti, aunque no te hubieras marchado.

»¿Y ahora? ¿Quién eres ahora? He oído hablar de ti. ¿Y cómo no hacerlo, después de estos horribles días de asedio? Rywkór, el señor de los mercenarios, que solo rinde cuentas ante el gobernador Oswald. El poderoso general de los Ejércitos del Norte, el príncipe de

Torduria por derecho de combate y de Renia por medio de la fuerza... Asediador de ciudades, destructor de hordas y conquistador de reinos. —Una nueva risa, oscura y grave, brotó de su garganta—. Y en verdad no eres más que lo que eras antes: el hijo enclenque del zapatero que se mató bebiendo. Un niño insulso y cobarde, delicado como una florecilla... ¿Y una princesa debería amarte? Una tabernera, si acaso, o... —Tomó aliento, compungida, y luego lo soltó de un solo golpe—. No eres nada.

—Pero creía... pensé que tú... —dijo Rywkór, pálido.

—¿Qué? ¿Acaso pensaste alguna vez que yo estaba interesada? —Ainnóry no rio esta vez, pero él jamás olvidaría la mirada dura con que lo observó—. No te amé antes, ni nunca lo haré, ¿me oyes bien? Das asco y siempre me lo diste. Te miro y solo veo... nada. No hay nada que merezca la pena. Ni siquiera queda en ti lo único que me servía: la persona que me escuchaba, alguien de fuera de palacio que me entretenía en las tardes de calor... Seguramente murió, en los campos de entrenamiento o en alguna batalla. Ahora no eres más que la inmundicia que sobra en este mundo.

Rywkór parpadeó una vez, encajando el golpe. La emoción en su interior había desaparecido. Algo dentro de él había muerto, tal vez para siempre. Sin embargo, aún la miraba. Buscaba la luz en su rostro, necesitaba el sonido de su risa estridente, el movimiento de su pelo con el viento... Pero allí no había más que una mujer delgada, a la que el vestido le quedaba ridículamente ancho debido a las penalidades del asedio. El cabello fino, salpicado de prematuras canas, caía sobre su espalda en mechones desprovistos de brillo. Las sombras cubrían su rostro de cuero, en el que unos ojos vacíos, de un verde sucio, lo acuchillaban ahogados en un mar de lágrimas.

Al fin, cuando se dio cuenta de que allí no estaba la mujer a la que él tanto había añorado, una mujer que quizá nunca existió fuera de su mente, asintió una sola vez. Luego pronunció en voz alta una orden y los dos guardias que lo habían acompañado entraron en la habitación.

Ainnóry alzó el mentón, consciente de lo que sucedía. Frente a ella, Rywkór aún la contemplaba, enmudecido, en un intento por dilucidar qué debía hacer con ella.

«*Atadla a la cama, rajadle el vestido y ved cómo la hago mía, cómo disfruta y cómo me da las gracias después*». Rastrearía aquel cuerpo prohibido en busca de los tesoros que siempre había imaginado, a los que haría suyos y de nadie más. Después la cargaría de cadenas y la llevaría con él, dispuesta para tomarla cuando le placiera. El destino de una concubina.

«*Dame tu lanza, guardia; contemplaréis el sufrimiento de una princesa*». La pincharía cien veces; hallaría cualquier rincón oculto en aquel famélico cuerpo, lo rasgaría con la lanza y luego buscaría asiento. Allí esperaría, con la paciencia y la tranquilidad que confieren el odio y el rencor, a que la sangre dejara de manar y la muchacha exhalase su último aliento. Un fin digno de una cautiva rebelde.

«Convencedla de que se equivoca, decidle que la amo desde siempre, que no he conocido más mujer que su reflejo en mi pensamiento. Contadle que no he dormido una sola noche sin pensar antes en ella, en qué haría en ese momento, en si me recordaría aún; que no he vivido un instante sin morir creyendo que me había olvidado. Decidle que no me iré de aquí con vida si no es con ella». Esta última voz, este insensato e inmaduro eco de sí mismo, quedó ahogado con el peso de la realidad, y todas y cada una de esas palabras desaparecieron por siempre en la inmensidad de su mente. No las pronunciaría. No había lugar para ellas en los aposentos, ni en aquella torre, ni en la ciudad, ni tampoco fuera de allí.

—Reunid a las tropas —masculló al fin, con la garganta dolorida pese a no haber dicho nada—. Que formen tras los muros. Partimos enseguida.

Uno de los soldados asintió y se fue de inmediato. El otro esperó mientras Rywkór balbuceaba:

—Me marchó. —Hizo una breve pausa—. Que los dioses te cuiden.

—Y que a ti te lleven pronto. —Ainnóry dio media vuelta y no volvió a mirarlo.

Rywkór asintió. Nada más dar el primer paso, el corazón volvió a latirle con rapidez, ansioso por escapar de aquel lugar. Recogió con manos temblorosas el casco, cuyo penacho azul ahora le resultaba ridículo, y abandonó la habitación con grandes zancadas.

Empujadas por las violentas corrientes de viento, las nubes de tormenta habían llegado hasta la ciudad, sobre la que descargaban su ira. Rywkór contemplaba los muros ruinosos mientras los regueros de agua resbalaban por su rostro, sumido en un estado de semiconsciencia que la voz de Martias quebró tras él.

—Está hecho.

—¿Libres? —masculló el general, sin volverse.

—Como ordenaste.

Asintió una sola vez, rígido, mientras a su espalda otros pares de botas chapoteaban sobre el barro de la colina. Al fin dio media vuelta y los miró. Los cuatro hombres lo observaban bajo la lluvia con gesto adusto, decidido. Veía la curiosidad en sus ojos, pero sus labios la silenciaban.

—¿Ha formado la legión?

—Sí, general —respondió Ilias, con la misma seguridad con que solía entregarle los informes de los exploradores o de los centinelas—. Los hombres esperan ansiosos nuestra partida. Hemos situado a los heridos en el convoy de avituallamiento; viajarán mejor allí. Tan solo faltas tú.

Rywkór escuchó aquellas palabras, entre las que se colaba el eco de los truenos. Luego cabeceó.

Otro de los oficiales intervino.

—¿Estás bien, general? —Una chorreante barba tiznada de gris le ocupaba el rostro. Con diferencia, era uno de los oficiales más veteranos que tenía a sus órdenes.

—Gracias, Rufias —terció Rywkór, después de esbozar una débil sonrisa.

—¿Cuál es nuestro siguiente destino? —aventuró otro, en voz alta para hacerse oír por encima del aguacero.

—He pensado mucho en el Gran Desierto, Kalmeas; la tierra bañada por el sol, donde no existen las tormentas.

Los oficiales se miraron entre sí, enmudecidos.

—No puedo ordenaros que me sigáis —prosiguió el general—, igual que no puedo prometeros la victoria al otro lado del mar. Vuestra es la decisión.

Los oficiales más jóvenes parecían aturridos. Fue Rufias quien puso voz a sus dudas.

—¿Y tu hogar, general? ¿Lo dejarás atrás?

Soportó aquellos ojos verdes, cansados pero con una gran fuerza en su interior. Examinaban su rostro empapado, buscaban indicios de qué era lo que le había hecho cambiar de opinión. Pero Rywkór guardaba silencio, y habría enmudecido para siempre de haber podido. No lo hizo. Sabía que se merecían una respuesta.

—Mi hogar está con vosotros. Sois lo único que tengo. Lo único que me queda.

Kalmeas dio un paso al frente y se situó junto a Rufias. Un relámpago iluminó su imponente figura.

—Aún estamos a tiempo, general. Los muchachos todavía desmontan las últimas armas de asedio. Da la orden y derribaremos esa torre, te doy mi palabra.

El general le sonrió.

—He encomendado esa torre a los dioses, legado. Nuestra labor aquí ha terminado. —Exhaló un lento suspiro y luego, mientras los miraba de uno en uno, les dijo—: ¿Y bien? ¿Querréis acompañarme al Gran Desierto?

—Cruzaremos el mar por ti, general —lo interrumpió Ilias, con rapidez, y se adelantó junto a los otros dos.

—Te seguiremos adonde ordenes —aportó Martias, como si aquello fuera tan obvio como el azul del cielo o el verde de la hierba. Luego dio una zancada al frente.

—Te considero un amigo, general; un hermano —masculló Kalmeas, cruzándose de brazos—. Allí donde vayas iré yo.

—Hasta las puertas de la misma muerte, si es necesario. —Rufias asintió con solemnidad tras pronunciar aquellas palabras.

Rywkór sintió que un extraño calor le recorría las entrañas y, por un momento, el frío que habitaba en ellas quedó sofocado.

—Gracias —les dijo, con la voz contenida.

Echó una mirada por encima del hombro, hacia la urbe sumida en la oscuridad de la tormenta.

—Vamos, general. La legión espera.

Rywkór asintió y los siguió con paso torpe, aturdido, hasta que se detuvo. Un trueno retumbó en la lejanía.

Dio media vuelta, buscó con la mirada.

—¿General?

—Sí, legado. Os sigo.

Y echó a caminar, ahora con más rapidez, hasta situarse en medio de sus oficiales. De sus amigos.

Un relámpago partió el cielo en dos iluminando por un instante la torre alta, de puro mármol y puntiaguda como un alfiler, en cuyo interior habitaba la princesa cautiva.



Prestigio

Por: Mauricio del Castillo





Susana estaba acelerada. Ni siquiera se atrevió a mirar la hora. Desde los últimos meses sus esfuerzos habían sido casi en vano.

Todo sea por el Prestigio.

El Prestigio no es más que trabajo, una carrera, riqueza, un currículo abundante, el asistir a rituales comunales. Se trataba del ascenso de un trabajador para convertirse en un ciudadano de provecho. Quien no fuera poseedor del Prestigio era marcado como un subversivo. Y en este mundo los subversivos no eran bien vistos.

A pesar de toda su voluntad, los párpados de sus ojos cayeron por su propio peso y, por más que intentara evitarlo, daba repentinas cabezadas, justo cuando sus torpes dedos resbalaban sobre la pantalla de la computadora.

Susana era parte integral del Prestigio. Era reconocida cada mes como un elemento valioso dentro de la lista honoraria y la exentaba de pagar sus impuestos. Muchos de sus compañeros soportaban duras jornadas de trabajo, pero alcanzaban a satisfacer al Prestigio. Otros, menos entusiastas y más soñadores, no tenían mejor suerte. Para empeorar las cosas, nutrían la ilusión de poder ganarse la vida como poetas, músicos o pintores. Las fantasías que llenaban sus mentes se referían a que podrían abandonar su trabajo, descalzarse, dejarse crecer el cabello y seguir haciendo frente a los gastos de vida. Tan pronto como pensaban algo así aparecían el director general y dos guardias armados haciéndoles saber su terrible situación. No eran vistos por meses. Cuando más tarde eran curados, esas fantasías se disipaban para dedicarse de lleno al Prestigio.

La muchacha estiró sus brazos y bostezó. Necesitaba un descanso. Alguien apareció de improviso en la pantalla de enlace:

—Susana, ¿tendrás el perfil del despacho de abogados Merryweather & Seretis? Me urge muchísimo.

—Sí, Cristina, te lo envío por correo.

—¿Podrías antes de las nueve? De todos modos te vas a quedar tarde, ¿no?

—Pero... —Susana había dejado caer por un momento la cabeza, levantó la vista, giró sus ojos hacia la mujer con aspecto de gacela y emitió un suspiro. La imagen en la pantalla se achicó hasta convertirse en un insignificante punto.

Tenía que hacerlo, se decidió, tenía que hacerlo de una buena vez. Tomó uno de los informes y comenzó a leerlo línea por línea. No podía permitirse acostarse; el sonido del reloj la aturdía. Cualquier descuido deshonraría al Prestigio.

Un mensaje apareció en su recipiente de acceso. Se trataba del licenciado Azpilgoeta con el apuro de siempre y con el humor de siempre: «Señorita Larruz, ¿tendrá listo el reporte para mañana? No tengo por qué recordarle lo delicado de este tema. Lo espero mañana a primera hora».

Era algo imposible de cumplir; no habría forma alguna de terminarlo en tiempo y forma. Apenas había analizado dos carpetas y faltaban... ¿Cuántas más podían faltar todavía? ¿Treinta? ¿Cincuenta? ¿Cien? ¿Mil?

El monitor arrojó un cuadro de luz sin clemencia. Su control sobre el contenido se volvió automático: pulsar aquí, oprimir acá, arrastrar allá... Susana hacía lo que podía para acabar. Sin embargo, el tiempo en su jornada laboral cobraba un tinte muy relativo: podía sentir que el día se desmoronaba a medida que trabajaba y percibía que se alargaba sin alcanzar a distinguir el final. Eso no importaba demasiado, no cuando se trataba de satisfacer al Prestigio.

Desde hacía un largo tiempo nadie, ni siquiera sus padres, eran capaces de advertirle sobre su evidente desgaste. Cada día estaba más demacrada y hecha trizas. Dolores de cabeza crónicos, bajo peso, pocas horas para descansar y nula diversión.

Días pasados, en su visita al doctor, numeró una larga lista de síntomas. El doctor quiso saber cuál podía ser la causa de tanto malestar.

Ella respondió:

—Mi empleo. Creo que trabajo demasiado y no veo qué día pueda detenerse esto.

El doctor carraspeó.

—El Prestigio no puede causarle un mal, señorita. Es todo lo contrario. La llena de bienestar, reputación, honor, estatus, orgullo... ¿Acaso nada de eso es suficiente?

—¿Se ha sentido así alguna vez, doctor? ¿Exhausto? ¿Derrotado? Como si todo el esfuerzo no valiera la pena... A final de cuentas me encuentro con el hecho de que lo logré, pero sin recompensa y sin gloria. Mucho menos siento que sea gratificante.

—Usted posee un empleo —comentó el doctor con aire severo—. ¿Qué más quiere? Tiene techo, ropa, comida... Su vida está resuelta. Y todo es gracias al Prestigio.

—Yo... creo que deseo ver mi análisis...

—El análisis es confidencial. Lo sabe muy bien.

—No puedo soportarlo más. Creo que voy a volverme loca.

El doctor la miró con dureza, manteniendo distancia.

—Salga de mi consultorio... salga en este instante. ¡Váyase y no vuelva nunca más!

Susana se encontró en la calle, con el mismo peso a cuestas.

Buscó médicos sin licencia, donde los anarquistas, los subversivos y los artistas solían ir. Muchas veces se trataba de chamanes y curanderos dispuestos a llevar por el buen camino a una masa de hombres y mujeres quejumbrosos de un mundo que no los comprendía. La examinaron, la diagnosticaron y prescribieron una receta rígida en analgésicos y vitaminas. Eso la hizo feliz por un tiempo.

Ahora, de vuelta a la oficina, el reflector verde del techo y las sombras seguían produciendo un efecto adormecedor sobre ella. Lo irónico del caso es que el dolor se asociaba con el Prestigio. Por el contrario, no ocurría lo mismo con el placer: retornaban los viejos síntomas de siempre, justo cuando se hallaba más presionada y desprotegida. Temía cerrar los ojos y no volverlos a abrir.

Los caminos de dolor punzante recorrían la superficie de su cráneo. Llenó un vaso con agua y tomó dos analgésicos cortesía del mercado clandestino. Estaba demasiado acostumbrada a este proceso por muchos años. Se trataba de una dieta, no había duda: agua, alimentos y medicinas.

Volvió a mirar la pila de archivos. Se permitió una sonrisa, pero aún faltaba mucho por hacer. Entonces recordó el encargo de la ejecutiva. Susana se llevó los dedos a las sienes, con los codos apoyados en el escritorio, lamentándose de haberlo olvidado.

Aún disponía de tiempo; no era demasiado tarde para enviar ese expediente. Abrió todos y cada uno de los archivos y buscó el nombre del despacho de abogados, pero no había señales del expediente. Debía darse una nueva oportunidad de hallarlo antes de que la ejecutiva arribara a recursos humanos e hicieran llamar a los agentes, a fin de trasladarla a un lugar oscuro, sin comida, sin retrete, sin visitas y sin comunicación de ningún tipo.

Al fin halló el expediente. Lo revisó con calma, sólo para asegurarse de que se tratara del correcto. La tarea se extendió hasta una hora. Una vez enviado el perfil a la cuenta de la ejecutiva, dedicó todo su empeño a terminar el informe.

El reflector verde y las sombras, menos perceptibles a cada instante, no ejercían ya influjo sobre su cerebro. Su necesidad de dormir era apremiante. Apoyó la cabeza en el borde del escritorio para permitirse un descanso. Fue entonces que recordó la situación en la que se encontraba. Sacudió la cabeza, tomó un buen sorbo de café y comenzó a cerrar lo que venía siendo el trabajo más importante de su vida. Susana pensaba que la dedicación hacia su labor fuera recompensada algún día. Tal vez el Prestigio tomaría apunte de su esfuerzo; esto no sería más que el recuerdo de un tormentoso ascenso.

Volcó todas y cada una de sus observaciones dentro de su reporte. Sus ojos, ya casi cerrados, se habían vuelto rojizos a causa del reflejo de la estrambótica luz del monitor. Juraría que estaba por succionarla y hacerla parte suya, como dos entes confinados a convertirse en uno sólo a costa de la salud del otro.

Cuando el monitor requería de cierta espera, Susana aprovechaba el tiempo para descansar de nuevo su pesada y adolorida cabeza en el escritorio. Tenía que hacerlo, sólo unos cuantos segundos, sólo un respiro, una calma entre tanta presión. Se dirigió al tocador, llevó sus manos al lavabo y arrojó agua en su rostro. El maquillaje se había disuelto desde hacía varias horas. No quedaban rastros de la fresca y animada empleada. Ahora se abría paso una máscara llena de palidez, casi a punto del desvanecimiento.

Regresó a su escritorio y miró con automático reflejo la hora en la parte inferior del monitor. Las cuatro y media, justo la hora en que la mente se suelta de sus amarras y comienza a vagar por los confines del delirio, cuando la realidad se despoja de su cadena y se convierte en una serie de imprecisiones; la respuesta ida de un cerebro jadeante, la respuesta nula de un cuerpo muerto en vida.

¿En qué clase de mujer se estaba convirtiendo?, pensó Susana. ¿Una auténtica mujer haría este tipo de cosas para hacerles saber que ella tenía el talento para sobrellevar esa labor? Lo peor que se le puede hacer a una persona es tratar de ayudarla haciéndole creer que lo necesita, cuando en realidad no es así. Ella no deseaba ser salvada. No requería la ayuda del Prestigio.

La pila de pendientes era cada vez menor, pero los dolores y las súbitas lágrimas no tenían fin. Eran ya las seis de la mañana. El cielo comenzaba a clarear tras los cristales. El reflector verde palidecía. La noche cedía paso a la mañana.

Era ya de día. Había que comenzar una nueva jornada, pero Susana apenas podía alzar la cabeza. La niebla que envolvía su cerebro se iba disipando. Tuvo tiempo de hacer una última labor. No tardó en redactarlo. Tomó el elevador a duras penas, sosteniendo la hoja impresa dentro de un folder. Cuando arribó a la oficina del director general, deslizó la hoja de su renuncia por debajo de la puerta y salió de ahí en silencio.

Durante el camino de regreso a su cubículo, llamó por la pantalla de enlace. Un hombre con cabello corto y enfundado en un uniforme amarillo saludó de buen humor:

—Servicio de taxi, buenos días.

—Por favor, necesito que me recojan —alcanzó a decir Susana.

—Dirección, por favor.

—Monte... Monte Elbruz 126, colonia Lomas de Facio.

Casi arrastrándose tomó sus pertenencias y salió del corporativo. Uno de los agentes notó el estado en el que se encontraba e intentó a ayudarla a andar. Sin embargo, ella le hizo saber con un ademán que todo estaba bien. Apretó la mandíbula y sonrió de un modo forzado. La negrura acariciaba sus ojos y hacía renacer en su alma la esperanza de poder dormir. La luz del día, lejos de revitalizarla, la cegó. Antes de aspirar el putrefacto aire, Susana alcanzó con torpeza a colocarse la máscara anti polución. El taxi automático se deslizó con suavidad a un costado de la acera. Susana arrojó su bolso contra el asiento trasero y ella hizo lo mismo con su desgastado y ya molido cuerpo.

—¿A dónde se dirige, dama-caballero? —preguntó la voz modulada del taxi.

—A casa... —dijo Susana—. Lléveme a casa.

El taxi se puso en marcha. La mañana era dura, clara como el filo de un cuchillo, ruidosa, llena de rostros condicionados por el Prestigio. En ningún momento el taxi interrumpió el recorrido. Ella yacía dormida, apoyada sobre el respaldo.

Cinco minutos después el taxi se detuvo. La voz del taxi dijo:

—Hemos llegado, dama-caballero.

Parpadeó. No recordaba haber proporcionado la dirección de su casa. Se pasó una mano sobre sus cerrados ojos y miró por la ventana del taxi. Su rostro se ensombreció.

—No... no... ¡No! —exclamó Susana al reconocer el edificio del corporativo.

Alguien abrió la puerta del otro lado. Susana fue sacada a la fuerza, siendo sujeta por dos agentes. Fue dirigida a su cubículo para rendir una cuenta más al Prestigio. Una nueva pila de archivos la esperaba para continuar una jornada sin fin.



La plaga que no podías ver

Por: Miguel Ángel Vallejo





Y el río criará ranas, las cuales subirán y entrarán a tu casa, a la cámara donde duermes, y sobre tu cama». Nancy lee por quinta vez este pasaje del *Éxodo* y deja la Biblia abierta sobre la mesa del comedor. Acomoda una cortina y echa una mirada entre los barrotes de fierro de la ventana, buscando a los batracios. Aunque no los ve, su demoniaco croar está allí, atormentándola hasta en su hora de oración.

Es el episodio más extraño que recuerda en Pachacutec: el gigantesco asentamiento humano donde vive ha sido invadido por ranas ocultas, fantasmales, imposibles en un clima frío como el de este suburbio popular tan cercano a la playa. Las primeras semanas limitaron su canto a las noches, interrumpiendo el sueño de Nancy, despertándola empapada en sudor. Día a día su coro nefasto fue haciéndose más constante, y ahora no hay momento en que no se les escuche. Las pestes han conquistado la vida cotidiana y ella las percibe acechantes: sus pasos viscosos sobre las calaminas de las casas, atravesando esteras; sus saltos levantando arena, asustando perros y niños.

Hoy es una tarde helada y las bestias croan con más vigor que antes, trastornando el ambiente, al punto que la neblina habitual de Pachacutec ya no huele a mar: tiene un olor denso, entre ácido y dulce, pegajoso, que Nancy imagina una pasta viscosa y verde. Alza la vista hacia la torre de su templo, un edificio de cuatro pisos, el más alto del barrio, el único lugar donde encontrar salvación. Murmura: «así como en Egipto, ¿es una señal para huir de nuestros opresores? ¿No es Pachacutec la tierra prometida? ¿Por qué el castigo es para nosotros, los más fieles? Señor, ¿en qué nos hemos equivocado? ¿En tu Iglesia verdadera no estamos siguiendo tus preceptos? ¿O esta plaga es el anuncio de tu segunda venida, la definitiva, la que nos llevará a tu pueblo a la vida inmortal?».

A sus casi cincuenta años, Nancy parece mucho menor. Disimula su edad con el largo cabello negro lacio —a menudo cubierto por una capa de grasa, pues se baña cada vez con menos frecuencia— y oculta unas pequeñas arrugas en los párpados bajo sus anteojos. Su figura delgada es casi juvenil, con caderas afiladas y pechos diminutos aunque firmes, propia de una vida sin excesos ni hijos, y sus expresiones, con mohines de reproche mientras lanza quejidos, son las de una adolescente retraída.

Gruesas cortinas impiden el paso de la luz y las lámparas están apagadas. Nancy se refugia en esa oscuridad. En la cocina se amontonan platos y ollas sin lavar. Hay ropa sucia y periódicos viejos en el suelo. Se desanima de ordenar o pasar una escoba y camina en círculos hasta que su vestido de cuerpo entero se enreda en una de las sillas de plástico de la sala. Al remangarlo, bajo una pata de la mesa encuentra una foto de sus padres. Están abrazados y lucen muy jóvenes, la antigua imagen está perdiendo el color. Su madre tiene el rostro adusto que ponía ante las cámaras fotográficas, incómoda, y lleva un vestido de tela largo muy parecido al que Nancy tiene ahora, solo que floreado y más grueso. Su padre, como siempre, viste una camisa de manga corta con corbata, y sonríe.

Nancy vive sola desde hace unos meses. Primero se fue su madre, de un ataque al corazón. Su padre enfermó de lo que ella llama *tristeza*, y también falleció de un infarto semanas después. «Padre, tú nos compartiste tu alegría, la fe más inquebrantable, y te deprimiste durmiendo hasta extinguirte. No te recrimino, no podría hacer eso, es solo que me sigue doliendo. Aguarda la resurrección, padre; espérala tú también, madre. Yo me iré pronto de este mundo, y cuando nos volvamos a ver todo será felicidad», murmura Nancy con la fotografía en la mano, tal vez pensando en cuántos años más le quedarán de vida, o quizá en la tristeza de su familia. Mientras va a su cuarto se mantiene atenta al croar, que se ha hecho más intenso y en coro, como si varios batracios se hubieran reunido para una incursión ordenada, signo de que preparan algo.

Sobre su cama se aglomeran los boletines de la iglesia y mucha ropa, sucia o limpia, dejándole apenas un pequeño espacio para acostarse. Separa los textos y los coloca sobre una

silla. Coge su ropa interior para lavarla, pero antes necesita guardar la fotografía en el cuarto de sus padres. Una obsesión la obliga a resguardar esa imagen del pasado. En eso, escucha el croar más cercano, casi inmediato: el ejército de ranas parece regodearse en la habitación paterna. Aunque Nancy sabe que eso es imposible, que el cuarto está cerrado desde que fallecieron, tiembla y suda. Estrujando sus sostenes y calzones, sin soltar la fotografía, se detiene un momento. Las criaturas parecen percibir su presencia y, desafiantes, callan un segundo para luego croar más enérgicas. «Señor, ¿has colocado tu peste en mi propia casa? ¿En qué he fallado? ¿Es mi tristeza, la tristeza de mi padre, la de mi familia?», reflexiona, sentada en el suelo, con las rodillas dobladas.

Sabe que debe entrar en algún momento al cuarto, más ahora que ha sido invadido por los repulsivos batracios. Piensa que para combatir a las criaturas tendrá que impregnarse con ese olor húmedo que anuncia la tragedia inevitable, y luego golpearlas hasta destrozar su piel monstruosa que amenaza con estirarse hasta el infinito.

La alarma de su teléfono le indica que es hora de ir a la misa de la noche. Deja con cuidado la fotografía y la ropa en la puerta de la habitación, ordena sus sostenes con cuidado antes de partir. Las ranas inician un croar agudo, un pitido que le da ganas de vomitar, y corre al baño. Se lava el rostro y piensa si hubiera sido mejor dejar las cosas en un lugar más alejado de las bestias, pero siente que ya le es imposible ir por ellas. El recuerdo de quienes le dieron la vida, junto a la ropa que protege sus partes, su pureza tan cuidada, está al alcance de los demonios mientras ella es expulsada de su propio hogar.

Coge una chompa agujereada de un estante y sale a la calle. El frío de la tarde le cae en el rostro con una feroz garúa que la angustia, le impide respirar. La temperatura ha bajado mucho y el olor de las ranas agrava sus náuseas. El concierto infernal resuena poderoso. Nancy no sabe si son los engendros de su casa u otro perverso grupo de aberraciones, solo está segura de que son un mismo castigo universal. La iglesia es el refugio. El pastor debe decir algo sobre esta crisis, les dará una explicación, interpretará lo que es necesario hacer. Al finalizar el sermón le preguntará cuál es su pecado. Solo le queda eso: caminar, llegar al templo, prestar atención devota a las palabras del pastor e intentar expiar sus culpas. Se repite maquinalmente esas tareas mientras las pestes continúan con el estruendo que la aturde.

—Buenas noches, señorita, no me escuchaba usted.

Es la voz de Eloy, un compañero de la iglesia, quien saluda a Nancy tomándola del hombro. Pareciera que la estuvo llamando varias veces, sin respuesta. Tiene unos cuarenta años. Viste una casaca de jean azul y pantalones de lanilla.

—¿O es que prefiere no verme, señorita Nancy? Me gustaría acompañarla, porque supongo que está yendo al templo, ¿no es verdad?

—Disculpe, no lo oí. Estos ruidos horribles no me dejan concentrarme.

—Si gusta, nos acompañamos. Tal vez el camino sea más agradable así.

—Está bien.

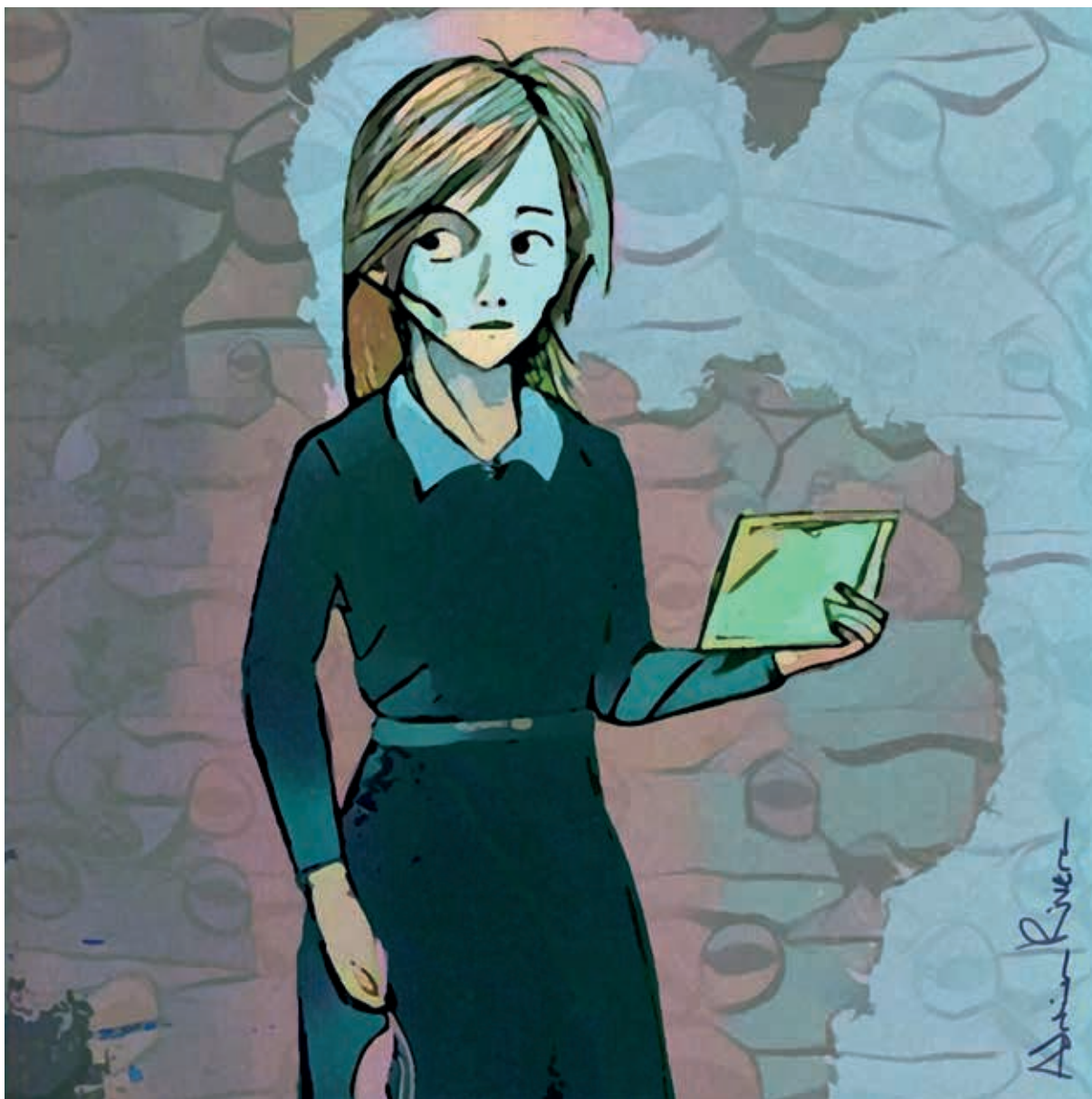
—Y dígame, ¿cómo van las cosas?

—Terrible. ¿No siente usted que todo se acerca a su fin?

—A veces. Bueno, usted ya sabe, han sido meses difíciles desde que falleció Carla, mi esposa. La recuerdo todo el tiempo, me descubro hablándole como si estuviera allí, a mi lado. Cuando me doy cuenta que ya no está, recuerdo mis años antes de encontrar a nuestro Señor, y siento asco de mí mismo. Pero no la aburro con esto. Imagino que usted también tiene esos días feos.

—Sí.

—La hemos visto alejarse de la comunidad. Nadie la juzga, estamos entre hermanos. Es lógico que nos tengamos cariño. Respetamos su duelo, solo que ya han pasado varias semanas y es tiempo de recuperar un poquito la alegría. Apóyese en su fe, y en mí, si quiere. Usted debe tener una sonrisa muy linda, ¿por qué no me la muestra?



—El mundo está mal estos días.

—La entiendo. Yo también siento mucho desconsuelo. Sé que a veces no parece, pero es así. Me ayuda conversar con un hermano. O con una hermana. Recordar momentos bonitos, felices, conversar sobre la palabra del Señor. O hablar de cualquier cosa. Es sentir que no estoy solo, ¿sabe? Que tengo cariño para dar. No estamos solos si tenemos el amor a Dios y el apoyo de la comunidad. Amor, esa es la respuesta.

La lluvia ha formado pequeños charcos lodosos en el piso de tierra y Nancy espera que el mar suba hasta los cerros, que ahogue a las criaturas y termine con este castigo. Esperan un momento para cruzar la avenida Neptuno pues hay tráfico, y el viento helado los despeina con el paso de un camión. Ella tiembla y Eloy la coge del brazo, ofreciéndole ayudarla a cruzar. Descoordinada, Nancy escucha ahora a las ranas croando en la misma frecuencia, un solo ruido acelerado y potente, coordinado, un eco metálico: debe ser el último paso antes de su embestida definitiva. No hay esperanza. Se abraza más fuerte a Eloy. Aunque ha dejado de prestar atención a lo que dice, no puede soltarlo, y lo mira de vez en cuando, encontrando siempre una sonrisa o un gesto amable. Luego, el ruido infernal de los batracios, que pareciera está a punto de invadir la Tierra, no le permite concentrarse en nada más que en la peste que cae sobre ellos, y acelera el paso. Imagina las patas adiposas de los sucios animales caminando sobre su ropa interior, manchándola con sus jugos pestíferos, mancillando su pureza,

su virtud. Cierra los ojos y ve cómo las bestias destruyen la foto de sus padres, la timidez de su madre, la sonrisa de su padre: descubre a su casa entera desapareciendo tras la arremetida de las ranas.

En una esquina, al lado de un terreno baldío, Nancy no puede más. Eloy comentaba algunos problemas e su trabajo cuando la vio caer. Tal vez ha tropezado en una zanja, o se ha desmayado. Sabe que está viviendo deprimida y le preocupa que tenga una enfermedad, o que esté desnutrida. Acaricia su rostro mientras la abraza para protegerla del frío. Se quita la casaca para envolverla y abrigoarla, luego la recuesta en el suelo. Le acomoda los cabellos, le quita los anteojos, la mira fijamente buscando una respuesta. Frota sus mejillas, comprueba que están tibias. Recorre sus orejas, sus pestañas, su frente y su cuello: su piel aún conserva la tersura, y la besa en los labios, apenas con un roce, descubre feliz su aliento fresco y dulce, que no imaginaba así, pero se aleja de inmediato. Alza la vista, no hay nadie alrededor y eso le quita la vergüenza. No tiene tiempo de escandalizarse por lo que ha hecho. Duda entre abandonarla unos minutos para buscar ayuda, llamar al pastor o llevarla cargada de una vez hacia el templo. En eso, Nancy despierta.

—Quisiera volver a estar con mis padres —susurra, todavía débil.

—¿Está bien, señorita?

—Cuando regrese el Señor ellos volverán a la vida. Nosotros no moriremos, ¿verdad? No se va a acabar el mundo, ¿no es cierto?

—Eso depende del Señor, solo de él. Dígame, ¿está usted bien?

—Sí. Descubrí que no quiero morir. No quiero.

—Nadie debe querer morir.

—Las ranas se han callado. Las ranas ya no están.

—Me asustó mucho cuando se desmayó de la nada, no pude sostenerla. Perdóneme, yo...

—Eloy, acompáñeme a casa.

—¿No preferiría ir a la posta médica? Yo la acompaño, puedo prestarle algo de dinero si no tiene...

—No, no es necesario. Mejor vamos a mi casa. Necesito ordenarla y limpiarla, está muy fea y triste. ¿Me ayuda? ¿Sí, viene conmigo?



muro de Honor de los colaboradores

aquí yacen las firmas y nombres de las personas que hacen posible
que nuestro trabajo continúe a través de su aporte económico



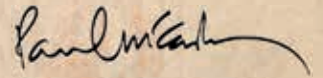
Jovi Huerto Vizcarra



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú